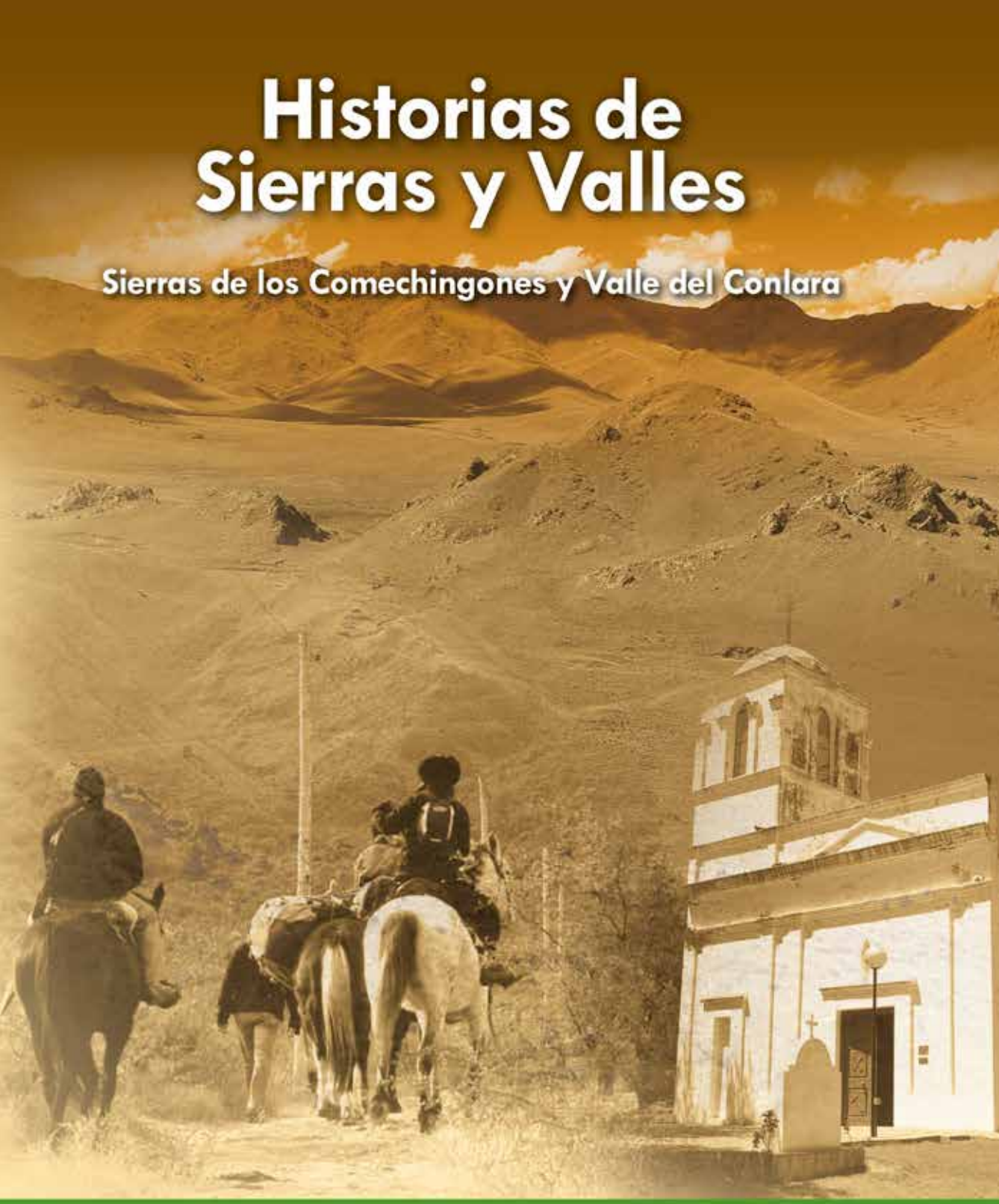
Historias de Sierras y Valles

Sierras de los Comechingones y Valle del Conlara



GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

SAN LUIS LIBRO

GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1°: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.

SAN LUIS LIBRO
ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Historias de Sierras y Valles

Sierras de los Comechingones y Valle del Conlara

Xxxxxxxxxxxx . - 1a ed. - San Luis : SLL -
San Luis Libro, 2013.
90 p. ; 18x25 cm.

ISBN 978-987-1787-29-6

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Título
CDD 863

Fecha de catalogación: 03/02/2012

Es una publicación de San Luis Libro, organismo dependiente del Ministerio de Turismo y Las Culturas

1º Edición
© 2014 San Luis Libro

Diseño y Edición
Área Diseño y Comunicación. Grupo Payné S.A.

Tirada 300 ejemplares
ISBN 978-987-1787-29-6

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor.

Historias de Sierras y Valles

Sierras de los Comechingones y Valle del Conlara

SAN LUIS LIBRO

Índice

María Laura Briansó.....11
Llegar a tiempo

Myriam Esther Velázquez.....21
En los Comechingones: Un siglo de anécdotas
El centinela de Comechingones
Sabores y olores serranos
La reliquia brocheriana
Recuerdos festivos
Enigmas serranos
¡Anécdotas y más anécdotas!
La centenaria abuelita

Rosa del Carmen Ponce.....47
En las siestas de verano

Ramón Godoy Rojo.....59
La abuela Manuelita
Betina – Al borde del abismo
Amigos

Llegar a tiempo

María Laura Briansó

María Laura Briansó, nacida en la Ciudad de San Luis el 10 de abril de 1973.

Egresada del bachillerato científico de la Escuela Normal Mixta "Juan Pascual Pringles", dependiente de la U.N.S.L.(1990) El mismo año egresa como Maestra Nacional de Danzas Clásicas y Modernas, del Centro Polivalente de Arte de esta ciudad.

Cursa sus estudios Superiores en la Universidad Nacional de Córdoba.

Actualmente se desempeña como profesora de Lengua Inglesa en una Institución Salesiana de nuestra ciudad.

Agente representante de Anglo - Continental School of English, Bournemouth, Inglaterra desde el año 2010.

Llegar a tiempo

"Quien muere no se va, se traslada a ese lugar donde lo podemos tocar con los ojos y sentir con el alma…"

El camino parecía interminable, pero el solo hecho de saber que volvería al lugar añorado por tanto tiempo, me daba las fuerzas necesarias para llegar a destino.

El paisaje comenzaba a parecerle familiar a mis recuerdos, la nitidez del cielo sobre mi cabeza, los verdes que aparecían para volver a esconderse detrás de algún rayo de sol, luego aparecer disfrazados de un tono más oscuro y al siguiente instante de otro más claro, hasta convertirse por fin en el verde que mis ojos guardaban desde la última vez que estuve en aquel lugar.

Es bastante difícil calcular con exactitud el tiempo que me tomó cruzar aquel océano de rocas y vegetación, que se ondulaba en gigantescas olas eternizadas en el horizonte. Por momentos creía ver la mano divina que con tanta precisión las había recortado para luego pegarlas como un collage contra el cielo límpido de la mañana. Aunque sentía el cansancio del viaje en el cuerpo esta visión mágica me guiaba como en un trance, por supuesto ya nada me detendría.

Hay quienes dicen que en los últimos minutos de nuestras vidas, vemos pasar como una sucesión de imágenes, los momentos y vivencias que hicieron de la propia existencia el objeto y fin de ella misma, pero sorprendentemente mientras experimentaba esto, mi vida no terminó en aquella oportunidad. Por el contrario aun hoy estoy aquí, para seguir recordando y nunca con menos melancolía que durante ese día, cuando los imponentes Comechingones custodiaron mi vuelo.

Recordé mis años de ansiosa juventud, escuchando historias de viajes larguísimos a lugares remotos donde las golondrinas roban un retacito de noche y lo llevan consigo hacia la próxima primavera. Sonaron nuevamente los lamentos del viento que nunca encontró un hogar y debió continuar su camino errante entre cabelleras sedosas o ásperas hojas de otoño. De repente una luz inundó mi pensamiento y entendí que la vida misma me había traído de regreso al lugar donde

encontraría todas las respuestas.

El atardecer mostraba una herida de otro tiempo, el día se apagaba lentamente y como un manto sanador el cielo cubría la agonía del horizonte, entonces decidí elegir un lugar confortable donde pasar la noche y casi de inmediato me quede profundamente dormido.

Fue suficiente el susurro del agua para comprender la magia de las voces maternas que en las letras de alguna canción de cuna te transportan a ese lugar tan seguro como el vientre, que no es más ni menos que el sueño de un espíritu en paz.

Yo estaba en paz, estaba seguro que todos y cada uno de los misterios que no había resuelto hasta entonces encontraría sus lógicas respuestas en la calma de Piedra Blanca, en la transparencia de su arroyo o en el aleteo travieso de alguna calandria. El brillo de la luna era infinito y con gusto me hubiera despedido de la vida en esa noche bordada con lentejuelas de plata. Pero como uno no decide el momento de la partida, aquella noche simplemente dormí el cansancio del camino.

Aunque mi vida no era motivo de relatos, la sencillez de sus días y los seres que hicieron de ellos un sueño o tantas otras una pesadilla, bastaba para ser feliz en aquel momento, a partir del cual todo era luz a mi entendimiento. Siempre fui consciente que la naturaleza me regaló el don de cantar con privilegio y solo cuando alguien por algún motivo no podía escucharme sentía pena, y me animo a decir que hasta tristeza de que existan seres que no oyen los sonidos que componen una melodía. Pero aquella noche en algún momento en el que el murmullo del agua me despertó, con el corazón sobresaltado, traté de ver algo en la profunda oscuridad pero el esfuerzo era en vano, sentía ardor en los ojos y allí estaba, el sonido, el eterno secreto que el arroyo le cuenta a sus piedras noche tras noche, allí estaba la respuesta a mi ignorancia. La naturaleza es un milagro de coherencia y consecuencia, es el todo para todos.

Aprendí aquella noche que quien no puede ver el río, al menos puede escuchar su murmullo, entendí que quien no puede escuchar el canto de un pájaro puede sentir en su rostro las manos del viento, por fin descubrí que todos tenemos un don, una habilidad que nos hace únicos entre tantos, somos dueños de nuestro mundo mientras tengamos el deseo de

serlo. Tal vez fueron segundos los que estuve despierto pero tan reales que me animaron a volver al sueño y dormí como un recién nacido el resto de la noche.

Las primeras luces de la mañana me rozaron los parpados con una suavidad que nunca hubiera imaginado y a pesar de la frescura matinal no dudé en acercarme a la orilla y chapotear un poco en el agua helada como cristal. Era hora de retomar el camino y a pesar que mi destino estaba cerca decidí desviarme un poco de la ruta establecida para volver a sentir el vértigo de un vuelo veloz sobre el campanario de la antigua Capilla. No resistí la tentación de llegar hasta lo más alto y desde allí llenarme los ojos con el paisaje que en mis años jóvenes no podía disfrutar como lo hice esa mañana, con la madurez de las miradas que han visto tanto y aún no han visto todo.

Recordé allí a seres que a pesar de no estar físicamente en este mundo se quedaron para siempre en el universo de las buenas memorias, los que me dieron la vida y en cada aleteo frustrado me empujaron a intentarlo nuevamente, sabiendo que el temor es necesario para lograr el valor y emprender por fin el vuelo que te hace libre, libre de alejarse tanto como quieras y de volver cada vez que lo deseas. Quien no recordaría desde aquel campanario, testigo de tantas historias, algún amigo ocasional o los que te acompañan siempre y cada vez que los necesitas. Yo tuve varios pero hay uno en particular que me enseñó a cultivar la paciencia, cada noche que comenzaba me ayudaba a comprender que era parte de mi relación con él, la oscura espera. Luego al amanecer, allí estaba mi buen amigo con sus rayos tibios dándome un abrazo de buenos días y la energía suficiente para emprender de nuevo el camino. No puedo decir su edad, creo que cuando lo conocí ya era muy viejo pero aún hoy brilla con la luz de la juventud y lo seguirá haciendo miles de años después que mi cuerpo deje de sentirlo. Además del Sol también fue mi amiga la Luna, quien tan sabiamente me explicó una noche que es necesario conocer la oscuridad del dolor para valorar el brillo de las cosas buenas.

En aquel momento y pensándolo bien, es imposible que fuera cierto, pero a mí me parecía tan real aquel aroma a pan caliente como el humo que imaginé estaría adornando la chimenea de "la Isolina". Desde el

campanario me incliné hacia adelante para orientar el impulso que me obligó a lanzarme con tal velocidad que en pocos segundos la calle que sube hasta el Rincón era toda mía. La casa de aquella amable mujer era un paso obligado para todo aquel que quisiera deleitarse con las exquisiteces merlinas, platos que a pesar de tener diversos orígenes adquirían en la cocina de su casa un sabor tan característico que al probarlos uno creía acabadamente que nacieron en aquellos fogones. Isolina, una mujer de baja estatura, con un rostro atemporal y la alegría de una niña instalada en la mirada era la dueña de ese don culinario, con el cual se marca la diferencia. Un plato preparado por ella era un placer del cual nadie debía privarse si alguna vez pasaba por la Villa aunque mas no fuera con el tiempo justo de un almuerzo.

Una ráfaga de aire perfumado me devolvió la consciencia del tiempo y retomé el camino que debía seguir. Y como era de imaginar, la brisa trajo de nuevo aquel olor indescriptible, embriagador que después de un largo rato recordé claramente, eran las picardías del viento serrano que le robaba caricias a las rosas y con su perfume aún en las manos jugaba entre las flores de la manzanilla para transformarse en el aliento de la mañana fresca y blanca, tan inocente que invitaba a besarla.

Con los sentidos dispuestos a disfrutar del nuevo día continué el camino, pero era imposible no detenerse en el espacio o en el tiempo cuando cada centímetro de aquel lugar encantado era el vivo recuerdo de mi propia vida. La humedad en los ojos me impedía ver con claridad y entre la nebulosa imagen de un anciano que cruzaba en diagonal la esquina, reconocí a la tan lejana como entrañable figura de don Albano. Personaje si los hubo en estos pagos y un espíritu tan libre como las notas de su violín, que temporada tras temporada sonaban en alguna calle, donde los niños y los grandes se amontonaban para pedirle por favor que interpretara una melodía más antes de partir. Hoy no puedo asegurar si todos los acordes que escapaban de su instrumento cambiaban al año siguiente o se repetían como lo hacía la imagen de este hombre acompañado por su burro fiel.

Era fácil imaginar que sus orígenes se remontarían a lugares lejanos, más allá del océano donde el sol se instala entre los cabellos finos y el

cielo se queda en la mirada de la mayoría de los habitantes. Por supuesto esta característica física no pasaba desapercibida entre los pobladores del valle, cuyos ojos oscuros como la noche larga lo esperaban con genuino cariño, como si fuera uno más entre ellos. Canjeaban las hierbas que don Albano traía hasta el pueblo por toda clase de alimentos y utensilios que aquel ser, misterioso a su modo pudiera necesitar para subsistir en su casita de las sierras. A orillas del arroyo El Pantanillo recolectaba finas ramas de poleo que se arrastraban cubriendo el suelo con una alfombra perfumada y más allá las hojas tiernas de la menta que terminaría sumergida en algún hervidor lleno de leche espumosa. Las doñas del pueblo esperaban a sus niños que salían de la escuela o a sus maridos que regresaban de trabajar con un mate preparado en jarro de loza, el mate cebado con leche, infaltable en aquellas tardes que la brisa se desprendía de las sierras y enfriaba las calles del pueblo.

La moneda de cambio de aquel señor eran las hierbas y yuyos de las sierras que tan sabiamente separaba en ramitos y aunque hablaba poco, era muy claro al momento de recomendar los usos y aplicaciones de su mercadería.

Las mujeres ancianas se acercaban a él con la solemnidad de quien se enfrenta a un boticario llegado desde el viejo continente y aunque no lo fuera todos imaginaban que algún secreto bien guardado escondía entre tanta sabiduría. Las hojas de "vira-vira", que las señoras repartían entre las puérperas jóvenes del pueblo, las canjeaba por tortas al rescoldo, algún que otro ramillete de violetas para levantar el ánimo de los que habían perdido la esperanza, se convertían en un quesillo de cabra que más que pago era un agradecimiento.

Infaltables en esa farmacia ambulante que eran las alforjas del burrito, los manojos de "colitas peludas", una gramínea que crece descontrolada en todo el cordón serrano del centro del país y como por arte de magia alivia las bronquitis de los pobladores más pequeños. Y los paisanos esperaban ansiosos las matas de berro fresco que don Albano cosechaba en cantidades y aún brillaban entre sus hojas las gotitas frescas del arroyo donde crecían como alfombras. Las arenillas del riñón y alguna inflamación del hígado eran el blanco preferido y los hombres gustosos

entregaban herramientas, cuchillos y cueros a cambio de tan preciado alivio.

En infusiones, té, inmersiones y cataplasmas, de cualquier modo se aplicaban y consumían las hierbas y yuyos que Albano una vez al mes intercambiaba en una esquina de la plaza del pueblo.

Lo cierto es que todo lo que yo les pueda contar y los momentos que elijo recordar se los debo a él. Con la sabiduría dibujada en la piel y la mirada del tiempo, se detuvo frente a mí una fría mañana de mayo y con la voz en calma me explicó que la vida siempre ofrece opciones, algunas buenas, otras mejores y muchas veces las que a nadie le convienen, pero sea cual fuere la que elegimos existe una condición para tomarlas y es simplemente la libertad de hacerlo.

Sentí un escalofrío cuando en silencio y con el gesto de un padre que despide a su hijo destrabó el cerrojo y me liberó. Como explicar la sensación de desnudez que me ahogó y en ese mismo momento sentí que el mundo era todo mío, solo bastaba emprender el vuelo. Pero mi relato no se refiere a mi viaje hacia la vida, que por cierto y con orgullo diría que no dejé nada o casi nada sin vivir, lo bueno y lo malo, lo que quise y lo que odié, todo absolutamente todo está grabado en alguna parte de mi cuerpo y en todos los lugares donde se esconde mi alma. Hoy me refiero a mi regreso, al camino que te devuelve a un lugar más cálido y seguro, el espacio en el cual por alguna coincidencia cósmica o simplemente por el resultado natural de un encuentro llegamos al mundo.

La luz tornasolada entre tonos celeste y anaranjado es mi reloj natural y entiendo que aquel imponente algarrobo que me desafía inmóvil, bloqueando el camino, es el lugar exacto donde debo detenerme. Aunque la temperatura es agradable siento las caricias frescas, por momentos frías del aire que no logró ver el sol bajo la cabellera frondosa del árbol añoso, sabio y al momento siguiente empiezo a sentir una comodidad olvidada y la calidez de un abrazo me convence de relajarme, buscar con leves movimientos la mejor posición y así, dar por finalizado el viaje que dos días atrás emprendí con la alegría del hijo pródigo. Algunos pensaran que estoy loco, otros envidiarán la originalidad del hecho pero lo cierto es que todo es más sencillo que estas conjeturas, simplemente

decidí terminar mi camino en el mismo lugar donde lo comencé. Mis alas todavía tiemblan un poco, mentiría si dijera que no siento el cansancio, pero es diferente a cualquier otro que haya sentido antes, la calma de un atardecer rojizo casi sangrante me llena el pecho y decido cantar.

Sigo cantando, no sé cuánto tiempo más, igual ya no interesa, ahora espero el amanecer, y aunque mi cuerpo esté allí, inmóvil y sin calor, sigo esperando porque hoy voy a ver la salida de mi amigo, el sol pero sentado en la luna.

Estoy seguro que el viejo algarrobo, que tantos versos guarda en su savia como el amor del poeta por su árbol abuelo, entendió claramente que esa serenata crepuscular merecía la ovación, entonces sus hojas, sus ramas y hasta sus raíces vibraron en un caluroso aplauso, fue un canto perfecto, mi última canción.

En los Comechingones: Un siglo de anécdotas

Myriam Esther Velázquez

Nació el 19 de septiembre de 1964, en la Ciudad de San Luis, hija de Juan José Velázquez y Esther Váez Ríos; de profesión docente, madre de tres hijos, Eber (25), Kevin (17) y Zahira (16).

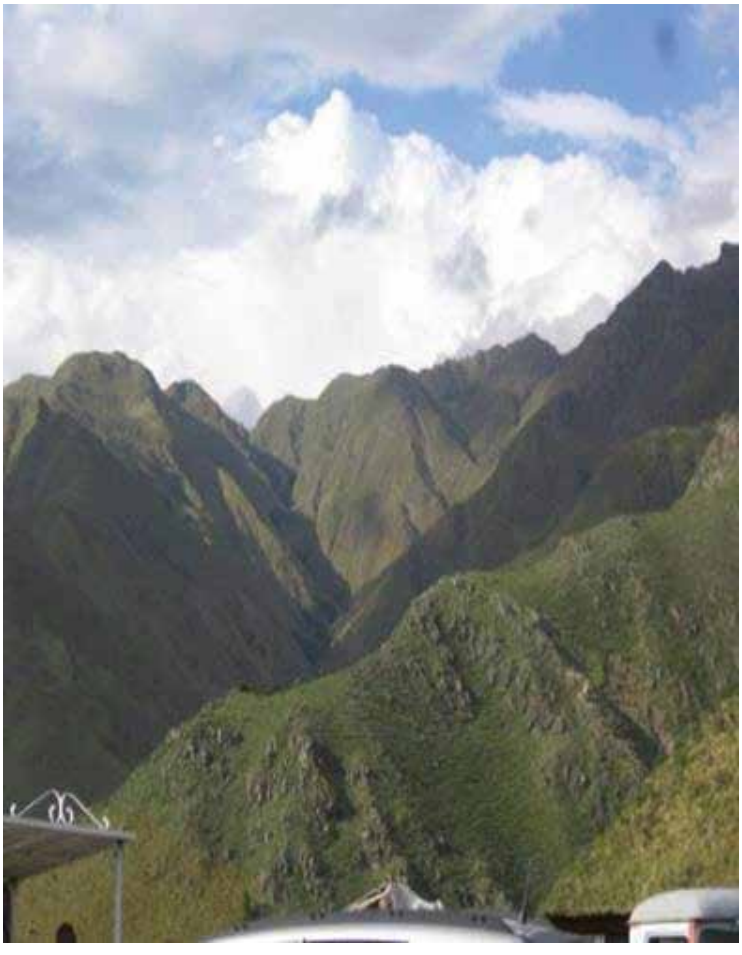
En su infancia recorrió distintos lugares de la provincia junto a su madre, maestra rural: en 1965, Paso del Rey, Departamento Pringles; en 1966 El Algarrobal, Departamento Ayacucho; en 1967 San Francisco del Monte de Oro, Departamento Ayacucho; en 1969 su familia se establece en Los Molles, Departamento Junín, donde transcurre el resto de su infancia.

Cursó sus estudios primarios, siendo su madre la única maestra, desde 1971 hasta 1977 en la Escuela N° 45 de Puerta Colorada, Departamento San Martín. En 1978 ingresa a la Escuela Normal Superior "Paula Domínguez de Bazán", donde finalizó el nivel secundario en 1982. Al año siguiente se establece en la ciudad de Mendoza, para estudiar odontología, por razones familiares debe regresar a su ciudad natal, donde egresa como Profesora para la Enseñanza Primaria en 1985, obteniendo un promedio de 9 (nueve).

Desde 1985 a 1987 trabajó en un comercio de la ciudad, “La Feria del Calzado” (Ayacucho y San Martín).

A fines de 1987 se inicia en la carrera docente en la Escuela N° 9 “Esteban Adaro” en el Barrio José Hernández, hasta 1997, año en el cual ingresa a la Escuela “Pancha Hernández” del Barrio El Hornero, donde actualmente se desempeña como maestra de 3° grado.

Un siglo de anécdotas



En la tranquila y pintoresca Falda de Los Comechingones, allá en el confín puntano, como lo dice la conocida cueca cuyana, "Caminito del Norte".

En una vieja y amplia casona, de firmes muros construidos con adobes y el techo con gruesos tirantes, en forma de triángulos, donde solían colgar las cunas de maderas de los bebes para mecerlos, las habitaciones estaban comunicadas entre sí, por puertas internas que daban a una larga galería, sostenida por torneados pilares, cubiertos de enredaderas y una inmensa planta de bellas y perfumadas rosas. La puerta principal era de madera de algarrobo, y algo muy particular, en ella había incrustado pedregones de los trabucos, según versiones

de la familia, eran de la época de las luchas entre Unitarios y Federales. En esa casa, más conocida como "la casa de los Ríos" (una legendaria familia de la zona) vivía Reyna Romualda Ríos, junto a su sobrina, Coca Ríos. Lugar donde se forjaron historias, que hoy sus sobrinas-nietas y sobrinos-bisnietos, atesoran en sus corazones, como un preciado legado que irá pasando de generación en generación. En esas noches de cielo diáfano, bajo el fulgor de las estrellas, al pie de la palmera colmada de dátiles, desafiando la imaginación, tratando de encontrar formas a las pomposas nubes, Reyna sabía contar anécdotas a sus sobrinas-nietas.

Casa de los Ríos

Casamiento de Rosas Ríos y su esposa.

Caballeros en el casamiento

El centinela de Comechingones

Un día, como siempre solían hacerlo, tía y sobrina salieron a recorrer la propiedad y a controlar la hacienda. Después de un largo andar, se dieron cuenta que faltaba la mascota de la familia "La Vieja", una vaca criada con biberón, tan mansa que se la podía montar y ordeñar sin manearla, lo cierto es que estaba preñada y que por ello, necesitaba un cuidado especial.

Pasaban las horas y la búsqueda continuaba a lo largo y ancho de la propiedad, también a sus alrededores. No teniendo buenos resultados con la zona patrullada, se encaminaron sierra arriba, desafiando lomas y escarpadas quebradas, con frondosa vegetación.

Cuando ya la tarde caía y el astro rey escondía sus poderosos rayos en el horizonte, desde la "Cuesta de la Ollada" (antiguo camino que usaban los mineros y los "cumbranos", denominación que se le daba a los habitantes del filo o cima de la sierra), en lo alto de un peligroso despeñadero (precipicio), divisaron a "La Vieja".

La alegría fue tal, que casi sin pensarlo y sin perder tiempo, comenzaron a escalar, sin tener en cuenta las puntiagudas y filosas espinas de los garabatos, (planta cuyas espinas tienen forma de gancho), que acechaban el paso de estas valientes y aventureras mujeres, que movidas por el amor a su mascota, no midieron la peligrosidad de la situación.

Resbalones, caídas, rasguños, fueron algunas de las consecuencias de esta gran hazaña. Después de subidas y bajadas por el borde del despeñadero, llegaron a destino, era ya el anochecer, en el firmamento comenzaban a brillar las primeras estrellas.

¡Qué sorpresa! La Vieja estaba de pie, ostentando su orgullo, y junto a ella, un hermoso y robusto becerro, de suave y rojizo pelaje. ¡La Vieja había parido!

Sus dueñas emocionadas y con lágrimas en los ojos, por haber encontrado a su querida mascota, compañera de muchas andanzas, levantaron al ternero en brazos e intentaron avanzar un trecho, pero la oscuridad se hacía sentir y la vegetación cada vez más espesa complicaba el descenso.

Ante tantas peripecias e invadidas por el temor de no poder bajar de esas alturas, decidieron buscar un refugio natural. ¡Allí! Junto a ellas había una

piedra en forma cóncava. ¡Era perfecta! Un buen escondite donde depositar a la cría, para protegerla de los feroces pumas de la zona.

La cerrada noche (oscura), hacía cada vez más difícil encontrar una brecha entre los espesos arbustos y las resbaladizas rocas.

Reyna y Coca sintieron un recelo indescriptible, se encomendaron al Altísimo, a Dios, Nuestro Señor, elevando una plegaria, pidiendo la intercesión de Ceferino Namuncurá, ese Niño Indio, el Lirio de las Pampas, de quien eran muy devotas, ofreciéndole la promesa de entronizarlo en el lugar, allí en esas profundas y oscuras quebradas, donde solo se escucha el suave trinar de los pájaros, el vuelo del cóndor y la caída de las cristalinas aguas serranas.

Fue penoso y sacrificado el descenso, ya que la noche parece más oscura en esos angostos y altos cañadones. El cielo con las estrellas titilantes, parecía guiarlas, siempre con la fe y la esperanza como timón, dos virtudes que nunca abandonaron.

¡Muchas vicisitudes! ¡Hasta que por fin llegaron a su amplia y acogedora casona! Angustiadas y cansadas.

No bien despuntaba el alba, emprendieron camino sierra arriba, junto a un baquiano de la zona, Santana Ríos, a buscar su preciado tesoro. Cuando llegaron, todo estaba en orden, La Vieja y su ternero, en el lugar donde fueron dejados la noche anterior.

Era un día de sol radiante, que iluminaba el hermoso paisaje, descendieron llevando a la cría a lomo de caballo y la vaca siguiendo los pasos del ágil equino.

¡Y ya en casa se le dio un lugar preferencial a La Vieja y al becerro!

¡Quedaba algo en suspenso! ¡La promesa! ¡Había que cumplirla! Y ellas como buenas cristianas lo harían.

Meses más tarde, en una nueva travesía, pero ya más seguras, tranquilas y conocedoras del camino que debían recorrer, regresaron a ese lugar para

La Vieja y su becerro.

cumplir lo prometido, entronizar la imagen de Ceferino Namuncurá

Desde ese momento, año 1973, se encuentra vigilando la tranquilidad de este bello paraje e intercediendo ante el Altísimo, por sus habitantes y por quienes acuden a Él. Siendo visitados por turistas y gente del lugar, donde hoy es más fácil escalar, porque hay mojones de rocas (piedras superpuestas), indicando el acceso por las zonas menos dificultosas.

Para orgullo de la familia de Reyna y Coca Ríos, Ceferino Namuncurá fue incluido en el circuito turístico de la Municipalidad de Los Molles.

Promesantes escalando la sierra, para llegar a la Gruta de Ceferino.

Gruta de Ceferino Namuncurá en la Sierra de Los Comechingones.

El tiempo sigue su curso, y Él está vigente, como fiel centinela, aunque las precursoras de esta historia ya no están entre nosotros. Dios llamó a su presencia a los sesenta y cuatro años, a Coca Ríos y a los ciento dos, a Reyna Ríos.

La reliquia brocheriana

Reyna, el pasado mes de agosto de dos mil once, fue protagonista de una historia similar, a pesar de llevar sobre sus hombros la pesada carga de su edad.

Reyna, la abuelita, la tía, la viejita, como solían decirle cariñosamente sus sobrinas-nietas y sobrinos-bisnietos, esparcía felicidad a doquier y cada vez que la nostalgia invadía su corazón, se refugiaba en sus recuerdos, sus manos y sus ojos recorrían esos antiguos testimonios de tiempos pasados, que hoy atesora su familia.

En una humilde y rústica cajita de madera, tallada a mano por su padre, colmada de papeles que datan de fines del siglo pasado: hijuelas, recibos, estampas, fotos, etc.

Caja de madera tallada a mano, conteniendo testimonios del siglo pasado.

Algunos elementos de la caja de madera

¡Qué sorpresa! También había un recibo de puño y letra del Presbítero José Gabriel del Rosario Brochero, más conocido como el Cura Brochero o el Cura Gaucho, que recorrió durante muchos años la falda y cima de la Sierra de Los Comechingones.

Importante documento que durante mucho tiempo permaneció en la oscuridad y quietud de esa "cajita", hasta que un día, por designio de Dios, a la salida de misa, su sobrina Myriam y familia, conocieron a la Madre Superiora, Sara Dalzotto, perteneciente a la Congregación Mercedaria de Córdoba, quien aconsejó llevar esa Reliquia al Santuario, Nuestra Señora del Tránsito de la localidad de Villa Cura Brochero, provincia de Córdoba.

Toda la familia alborozada por tal acontecimiento, que hasta ese momento, no había tomado conciencia de la importancia de ese "papel", se dirigió a la Diócesis de San Luis, siendo Monseñor Armando Conti, el depositario de esta sublime inquietud, quien comprobó su veracidad y gentilmente accedió acompañar a la familia, para que hiciera la entrega a la Diócesis de Córdoba, y así contribuir con la reconstrucción de la historia de este Cura, que fue declarado venerable por el Papa Juan Pablo II.

¡Toda una fiesta! La familia y Reyna fueron visitados por el Canal 13 de San Luis y El Diario de la República.

Una famila ayudó a reconstruir la historia del Cura Brochero

LOGÍSTICA

Recursos Humanos

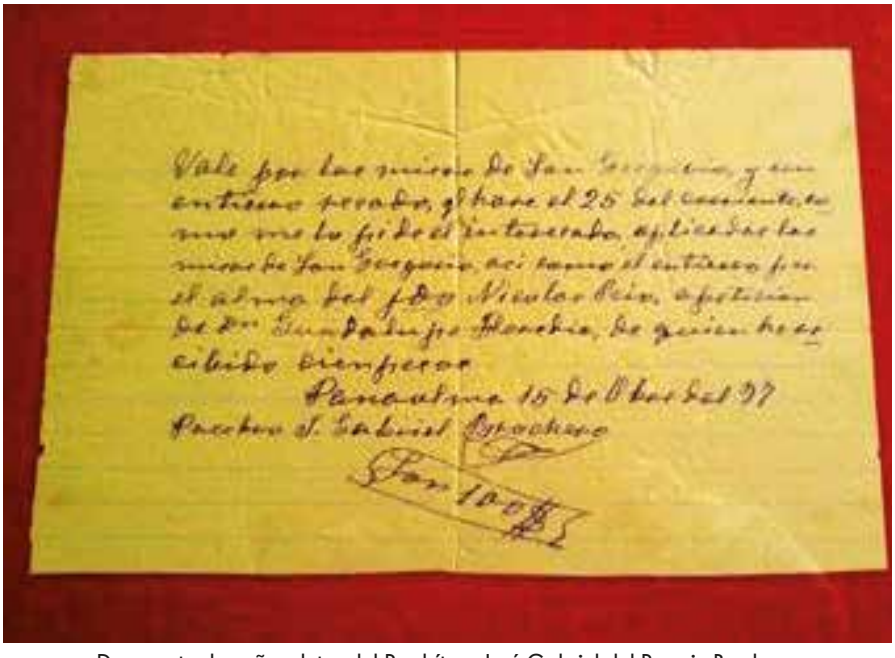
Nota realizada por El Diario La República a la familia Velázquez-Gargiulo.

Este documento reza:

"Vale por las misas de San Gregorio y un entierro pagado al padre el 25 del

corriente como me lo pide el interesado. Aplicadas las misas de San Gregorio, así como el entierro por el alma de el José Nicolás Ríos, a petición de Doña Guadalupe Heredia de quien he recibido 100 pesos. Panaholma, 15 de octubre de 1897.

Presbítero José Gabriel Brochero"



Documento de puño y letra del Presbítero José Gabriel del Rosario Brochero.

Habla de misas y un entierro y está firmado en octubre de 1897, en Panaholma, localidad que en esa época, era algo mayor que las demás. Luego la "Reliquia" fue entregada en el filo de la sierra al padre de Reyna, quien era propietario de un "puesto", conocido como "El Puesto de Los Ríos".

A esta reliquia se le anexó (por sugerencia de Monseñor Conti), una crónica que dice:

"Yo Reyna Romualda Ríos, de 102 años de vida, oriunda de la localidad de Los Molles, Departamento Junín, Provincia de San Luis, cedo este Documento, que data del año 1897, de puño y letra del Presbítero José Gabriel Brochero, que fuera entregado a mis padres, Eusebio Ríos y Jovita Méndez, en el filo de la Sierra de Los Comechingones, a mi sobrina Coca Ríos, y ésta a sus hijas, que por consejo de la Madre Sara, de

la Congregación Mercedaria de Córdoba, la familia Gargiulo-Velázquez entrega esta Reliquia a la Parroquia de Villa Cura Brochero, para contribuir con la causa de santificación de José Gabriel del Rosario Brochero.

San Luis, agosto de 2011

Doy fe Armando Conti, Vicario General. Diócesis de San Luis.

Obispado de San Luis-Argentina-Vicaría General"

Yo Reyna Romualda Ríos, de 102 años de edad, oriunda de la localidad de Los Molles, Dpto Junín, Provincia de San Luis, dado este documento, que data del año 1897, de puño y letra del Presbítero José Gabriel Brochero, que fuera entregado a mis padres Eusebio Ríos y Juanita Mendez en el filo de la Sierra de Comechingones a mi abuela Coca Ríos, y esta a sus hijas, que por consejo de la Madre Sara de la Congregación Mercedaria de Córdoba, la Familia Gargiulo-Velázquez, entrega esta reliquia a la Parroquia de Villa Cura Brochero, para contribuir con la causa de la Santificación de José Gabriel del Rosario Brochero.

San Luis, agosto de 2011 –

Doy fe: Armando Conti

Armando Conti
Vicario General
Diócesis de San Luis

Crónica que se adjuntó a la Reliquia.

¡Todo un festejo! La documentación fue recibida en la Parroquia de Cura Brochero, con una emotiva ceremonia religiosa, capaz de ablandar hasta el más duro corazón. Lágrimas de emoción recorrieron el rostro de los descendientes de Reyna, se hacía imposible contener los fuertes latidos, que en cada oscilación alababan a Dios, Nuestro Señor.

Sus sobrinos-bisnietos fueron los encargados de llevar entre sus trémulas manecillas la Reliquia, que depositaron al pie del altar, en el momento de las ofrendas.

en la localidad de Villa Cura Brochero.

Como testimonio de la donación de la Reliquia, el Museo Brocheriano, hizo entrega de la copia del Acta de Donación, cuyos testigos fueron: Monseñor Armando Conti, la Madre Superiora de La Congregación Mercedaria de Córdoba, Sara Dalzotto y la Señora Lili Farfán de Bertín, amiga de la familia donante.

MUSEO Brocheriano

ACTA DE DONACIÓN

Lugar: Villa Cura Brochero Fecha: 6/08/2011

El señor: DNI 17.174.711

Domicilio: Calle Mariano 22

Teléfono: (0351) 15 27 26 42 Ciudad / Localidad

De su libre y espontánea voluntad hace entrega en este acto al Museo Brocheriano, en concepto de donación perpetua y gratuita sin restricción de uso, los bienes que se detallan a continuación.

Descripción:

Reliquia original de Brochero

En condición de representante del Museo, acepto la donación efectuada, la misma pasará a formar parte de la colección del Museo Brocheriano.

Además, hago patente a la Sra. su más expresivo agradecimiento, por el afecto y la liberalidad demostrados hacia el Museo Brocheriano

Firma y Aclaración

Dirección

Nombre y Apellido

Firma y aclaración

Donante

Nombres y Apellidos

Testigos

Acta de donación

La familia Velázquez-Gargiulo, fue depositaria de una imagen del venerable José Gabriel del Rosario Brochero.

Imagen del Venerable José Gabriel del Rosario Brochero, entregada a la familia.

Desde ese momento histórico, desde ese día, 6 de agosto de 2011, la Reliquia que perteneciera a la familia de Reyna, se encuentra en el Museo Brocheriano, de esa localidad, formando parte de la colección de esa Institución, como fiel testimonio de la obra de este Ministro de Dios.

Sabores y olores serranos

En los días de lluvia, Reyna preparaba sabrosas tortas fritas, en el fogón construido con barro, tomaba mate con peperina y agua hirviendo que mantenía en la gran pava sobre las brasas en un viejo brasero, mientras escuchaba música al sonar de los discos de pasta que giraban y giraban en la vitrola a cuerda, (que aún se conserva en funcionamiento), instrumento que utilizaban para los bailes familiares, a la cual le daba cuerda el encargado de turno, de esta manera el baile no se interrumpía.

Reyna y su vitrola a cuerda.

Discos de pasta

Antiguo brasero

En la época del arrope, Reyna junto a sus sobrinos Coca y José, la tarde anterior recogían los frutos: higos, tunas, chañar, algarroba, que pesaban con la romana, (especie de balanza), paso seguido, eran colocados en grandes bateas, (recipientes tallados en madera). Más tarde salía al campo, equipada con su hacha, un grueso poncho para resguardarse de las espinas, botas de goma, que la protegían de las serpientes y un lazo trenzado a mano, a buscar leña para la fogata, que al otro día encendería.

Al amanecer, preparaban todo y minutos más tarde, las llamas comenzaban a devorar los leños y sobre él, la paila (que todavía está cubierta con el tizne de aquella época), en ella depositaban los frutos, los cubrían con agua, que lentamente se consumía. La siguiente etapa consistía en colocar esa preparación en una bolsa de harina o lienzo (bien aseado con jabón blanco, elaborado en la casa), que hacía las veces de colador, allí quedaba el mosto y el jugo de la fruta continuaba hirviendo. Las rojizas llamas del fuego cubrían la paila y el jugo se espesaba, hasta tal punto, que cuando se lo levantaba con una cuchara y se lo invertía, este no caía.

¡Está listo el arrope! Decía Reyna, y lo depositaba en otros recipientes para que se enfriara y más tarde lo envasaba en frascos o botellas de vidrio.

Los niños de la casa, con cuchara en mano ¡A comer la rica raspa! Adherida en el fondo y laterales de la paila.

¡Qué lindas épocas!

Paila, recipiente donde se cocinaba el arrope.

Romana, elemento de medición.

Cada mañana, Reyna ordeñaba las vacas y su inseparable compañera, una paloma, criada desde pequeña con "chancuas" (granos de maíz molido), "Panchita", como solía llamarla, bebía la tibia y espumosa leche de uno de los recipientes. Finalizada la tarea acompañaba a su dueña con

un bajo y suave vuelo de regreso a casa.

Cuando era el día de esquilar (quitar la lana de las ovejas, con una tijera especial), marcar (se utilizaba un elemento de hierro, con la inicial del apellido del propietario, que se colocaba en el fuego y cuando tomaba temperatura, se lo aplicaba sobre la piel del animal), señalar (hacer un corte en la oreja), Reyna era la encargada de preparar sabrosas empanadas y la fortificante mazamorra.

Marca de la Familia Ríos.

Tijera de esquilar.

Los veranos... ¡Qué felicidad! Frutos a doquier: nueces, almendras, membrillos, higos, tunas, naranjas, mandarinas, duraznos, guindas, cerezas, manzanas, limones, limas y los exquisitos limones dulces.

Reyna recogía los frutos que colocaba en grandes barriles, al día siguiente, a la sombra del coposo tala que se encontraba al frente de la casa, sentada en su rústica silla de cuero, comenzaba a pelar duraznos, llenaba recipientes, tras recipientes, un poco más allá, expuestos a los rayos solares, estaban dispuestos zarzos (tejidos de caña o mimbre con superficie plana), donde se colocaban los duraznos e higos, para luego ser los exquisitos pelones y pasas.

Reyna y sus hermanos pelando duraznos.

Recuerdos festivos

En esos veranos, cuando llegaba Navidad y Año Nuevo, la reunión familiar solía hacerse en casa y la medianoche se marcaba con el fuerte sonido de un viejo cencerro y al día siguiente el picnic en los arroyos serranos, a compartir con las otras familias del pueblo, el rico asado, las sabrosas empanadas, la condimentada chanfaina y el exquisito charquican, preparado con el charqui (especie de bife crudo machacado, al cual se le agregaba mucha sal y se lo secaba al aire libre), una vez seco, se lo podía comer solo, o Reyna lo molía en el mortero de madera y luego lo cocinaba agregándole especias (que cosechaba en la casa) y para el mate, las tortas al rescoldo (brasa pequeña que se conserva entre las cenizas), las tortas fritas y los dulces pastelitos. ¡Qué manjares!

Festejo de fin de año.

Y cuando ya, el día se apagaba comenzaban las payadas, se escuchaba el trinar de las guitarras, el acordeón, el canto, las relaciones y se adornaba el paisaje con el suave danzar de las damas y el firme zapateo de los caballeros. También se jugaba al anillo, que consistía en sostenerlo entre las manos y depositarlo en las de algún jugador, mientras otro debía adivinar quién lo tenía, el que no lo hacía una prenda tenía, que por lo general consistía en hacer una onomatopeya de algún animal.

Momentos de reunión en los arroyos serranos.

Otro de los juegos era la payana, que Reyna manejaba muy bien, las cinco piedritas, recogidas en el arroyo, se arrojaban sobre el mesón de algarrobo y allí comenzaba la partida.

¡Qué sana diversión!

Durante la Semana Santa, más precisamente el Viernes Santo, Reyna solía asistir al Velatorio del Señor, donde se colocaba una imagen de Jesús, sobre una mesa y se encendían velas de cera (elaboradas en la casa). Permanecía durante toda la noche, esperando la llegada del Sábado de Gloria, ceremonia que se hacía en una casa de familia.

Reyna contaba, cuando alguien fallecía en el filo de la sierra, se lo bajaba a lomo de mula y a lo largo del sendero, hacían señas con mecheros encendidos, para comunicar a qué distancia se encontraban.

Otra actividad importante, donde Reyna también tenía su protagonismo, eran las techadas. Se preparaba el pozo con barro y trozos de paja que pisoteaban con sus propios pies, una vez lista esa mezcla, introducían en ella los manojos de paja (que habían sido recogidos en el campo, con muchos días de anticipación), luego los arrojaban hacia el techo, donde los recibían los techadores y los colocaban desde el alero (parte más baja), hacia la cumbrera (parte más alta).

Terminada la tarea, era la hora del almuerzo a la sombra del extenso parral, donde pendían coloridos y tentadores racimos de vid (rosados, blancos, negros), con los cuales, la familia de Reyna preparaba ricos vinos pateros que almacenaba en barriles o bordelesas.

Reyna y María Paz Ríos en el cumpleaños de sus sobrinas-bisnietas

Acontecimientos que llenan de regocijo el alma, que permiten trascender, traspasando las fronteras del olvido, dejando enseñanzas a las nuevas generaciones.

Como una antítesis a estas historias, están las otras, esas que dejan un interrogante abierto.

El escenario, es el mismo, esa amplia y vieja casona, al pie de la Sierra de Comechingones, donde anidan anécdotas, cuyo principal protagonista es el "misterio".

Enigmas serranos

Corría el año 1951, era el mes de octubre, la madre de Reyna estaba muy enferma. Esa noche, la del 24, mientras su inseparable hija miraba con nostalgia y resignación, la gruesa puerta de algarrobo que daba acceso a la larga y amplia galería, cubierta de helechos, hortensias y celestinas en flor, se percató que desde lo alto del techo, como resbalándose por la puerta, descendía una imagen emitiendo luz.

¡Era la Virgen! Con voz enérgica, llamó a su hermana, quién acudió rápidamente, pero... lamentablemente esa imagen, ya no estaba. Minutos más tarde, Jovita Méndez, la mamá de Reyna dejó de existir, quien fue velada sobre un largo mesón de madera de algarrobo, como era la costumbre de la época. Hubo quienes atribuyeron esto, al cansancio que azotaba a Reyna y otros lo tomaron como una señal del cielo. ¿Quién sabe qué fue?

Mesón de madera de algarrobo, donde velaron a Jovita Méndez.

Jovita Méndez

Había pasado poco tiempo desde la muerte de su madre y como era muy usual en ese tiempo, las visitas al Campo Santo o Cementerio, se hacían continuamente y por lo general se prolongaban todo el día, era una especie de picnic, en los lugares adyacentes.

En una oportunidad, durante las primeras horas de la mañana, los hermanos Ríos prepararon el sulky, con el mejor caballo y después de

ordenar todo, ordeñar las vacas, sacar las ovejas del corral, darles el biberón a los corderos "guachitos"(huérfanos, cuyas madres habían muerto en el momento de la parición), levantar los huevos de los nidales, llevar al chiquero la comida para los cerdos, asear la casa, barrer el inmenso patio con las "pichanas"(escoba confeccionada con ramas de los arbustos del lugar), partieron rumbo al cementerio.

Cuando la tarde caía y los pájaros pillaban buscando sus nidos, los tordos cubrían el cielo, formando figuras en el aire, bandadas y más bandadas, Reyna y sus hermanos emprendían el regreso a casa, por el polvoriento camino que debían recorrer, vieron una luciérnaga que se había posado en los rayos de la rueda del sulky. No le dieron importancia. Cuando llegaron a destino, descendieron del carruaje, liberaron al caballo quitándole el freno y los arneses. En el preciso momento que quisieron llevar el sulky al galpón, es allí, cuando "esa luz", se desprendió de la rueda, tomó altura, tamaño y voló en dirección a la sierra. Esa "luciérnaga", no era una "luciérnaga". ¿Qué era? Para muchos, el alma de la madre de Reyna que los acompañó... para otros, hechos que no se pueden explicar.

Contaba la centenaria abuelita, que en las noches, donde el firmamento parecía una oscura alfombra negra, salpicada de brillantes lentejuelas, en las cercanías de un añoso y coposo tala, se erguía un laurel de perfumadas flores blancas, en esas noches, solía verse allí, una luz muy pequeña y trémula, que permanecía por segundos posada al pie de la planta, luego ascendía, dirigiéndose hacia la sierra, a medida que se alejaba, su tamaño crecía… ¡Qué picardía! No se dejaba ver por todos, tampoco sucedía todas las noches y cuando alguien programaba esperar el anochecer, para ver esa "luz misteriosa", no aparecía.

Según la ciencia, la existencia de fósiles, según la creencia popular, almas que rondan el lugar.

¡Anécdotas y más anécdotas!

En otra ocasión, cruzando un cerco, un poco más allá, existía otra casa, con la particularidad que en ella se escuchaban ruidos extraños. Durante las noches "alguien" daba vueltas alrededor de la construcción, raspando la pared y luego se escuchaba el tendido galope de un caballo. En el interior, existía un baúl que cumplía la función de despensa, donde se almacenaban los alimentos no perecederos. Al caer el sol encendían las velas de cera (elaboradas en la propia casa) y los sufridos mecheros (frascos o botellas de vidrio, en los cuales se colocaba una piola trenzada, que hacía las veces de mecha). Lo extraño es, que algunas veces, cuando se apagaban las velas y los mecheros, las sombras cubrían el lugar, se escuchaba que el baúl se deslizaba de un lado hacia otro.

¡Sensación espeluznante! Y al encender las luces, todo estaba en orden. ¡Qué misterio! Cada vez que la oscuridad envolvía el lugar, nuevamente el hecho se repetía.

Viejo baúl donde se almacenaban alimentos no perecederos.

Reyna sabía contar, que en la parte posterior de la casa, hacia el Este, existía un alambrado que cerraba perimetralmente una porción de tierra, la cual era conocida como "El Potrero". Una noche, como tantas otras, Reyna y sus hermanos para vencer la soledad, en la cual estaban inmersos después de la muerte de sus padres, acostumbraban visitar a sus vecinos,

para ello debían cruzar "ese campito", en forma diagonal. Llegando al alambrado vieron una brasa encendida, como si fuese un cigarrillo; el perrito que los acompañaba con la cola entre sus patas, trataba de esconderse o protegerse tras los pies de sus amos. Quizás sentía temor de algo. ¡Ellos también! ¡Trataron de encontrar una explicación lógica! ¡Tal vez, era alguien que estaba fumando! El temor llegó a tal extremo, que no avanzaron y prefirieron emprender el regreso a casa, siempre mirando a sus espaldas. Cuando de pronto y a una distancia considerable, se percataron que esa "luz" quedaba como suspendida en el aire y lentamente comenzaba a deslizarse, siempre en dirección a la sierra, mientras se alejaba su tamaño aumentaba y su color se hacía más vivo, un rojo incandescente, internándose en lo profundo de las quebradas de la Sierra Comechingones.

¡Cuánto misterio! Guarda esa centinela de rocas, arroyos, molles, quebrachos, peperina, talas y tabaquillos.

En un tiempo, no tan lejano, en la década de los setenta, Coca Ríos padecía fuertes y paralizantes dolores de columna. Una noche, sus fuerzas la abandonaron y el dolor se hizo imposible de sobrellevar. Reyna salió en busca de ayuda, se dirigió al vecino más próximo, para ello debía recorrer unos tres kilómetros aproximadamente. Salió de su casa, se internó campo adentro, siguiendo el sendero que conducía a un "portillo" (abertura en el cerco que permite salir hacia el exterior del mismo), luego caminó por la calle vecinal de tierra y piedras que bordeaba el cerco de ramas, límite de su propiedad. La noche era cerrada (oscura), sintió temor, pues los árboles proyectaban su sombra semejando bultos, corría una suave brisa, que acariciaba el rostro de Reyna y movía las hojarascas, uno que otro ruido producido por los animales nocturnos, que se deslizaban de un lado hacia otro.

¡Caminar que se hizo interminable! Recorrió unos cuantos metros, cuando de repente "alguien" o "algo" iluminó la senda y al mirar hacia atrás vio dos grandes "faros", supuestamente de un vehículo, "quizás sea Lorenzo, o tal vez el otro vecino" pensaba Reyna. Lo cierto es, que ese "vehículo" jamás la alcanzó, ni escuchó ruido de motor alguno.

Sintió recelo, mucho recelo, su corazón comenzó a latir con rapidez y cada vez su agitación era mayor, de caminar pasó a correr. "Esos faros", siguieron iluminando el camino hasta que llegó a destino, llamó dando palmadas con sus temblorosas manos y cuando quiso ver ese "vehículo", esos "faros" ya no estaban (experiencia vivida con la relatadora de esta historia).

¿Qué fue? ¡La razón no alcanza a comprender!

La centenaria abuelita

Todos estos relatos, son historias verídicas, vividas por Reyna Romualda Ríos, una abuelita que supo ganarse el cariño de sus sobrinas-nietas, sobrinos-bisnietos y de muchas personas que la conocieron y la llamaron "tía" y que a los 102 años dejó este mundo para ir a uno mejor, marcando profundas huellas y dejando un preciado legado de vivencias, experiencias enriquecedoras que permiten conocer muchas de las tradiciones, creencias y costumbres de la zona, en tiempos pasados y dar el valor necesario a las cosas simples, sencillas de la vida, admirando la Creación Divina, reconociendo que somos seres indefensos, pero capaces de trascender y lograr un mundo mejor.

Festejo de los 100 años de Reyna en el restaurante "El Pampa", gentileza del Gobierno de la Provincia de San Luis.

Familiares e invitados al festejo

En las siestas de verano

Rosa del Carmen Ponce

Nació en Santa Rosa del Conlara - San Luis. Se graduó como Bachiller Pedagógico en el instituto Santa Rosa, Agrónomo General en el Instituto Agrotécnico Naschel y Licenciada en Trabajo Social en la Facultad de Ingeniería y Administración Empresaria de la Ciudad de Villa Mercedes - San Luis.

Se recibió de profesora de Danzas Folklóricas en Academia "La Condición"- dependiente de la Escuela y Ciencias del Folklore - Centro de Investigaciones Folklóricas – Dalmiro Adaro - San Luis.

Asistió a cursos y talleres literarios.

Actualmente continúa desempeñando la labor de Licenciada en Trabajo Social que iniciara en el año 1984 en el I.N.S.S.J.P. (Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados) de la Villa de Merlo - San Luis.

En las siestas de verano

Salvo por alguna lluvia inesperada los días de enero eran todos iguales: cielo limpio a la distancia… brillo del sol jugando entre las ramas de los árboles extendiéndose generosamente por los amplios patios.

El pueblo inauguraba el día con la misma tranquilidad con la que había dormido.

Excepto por el paso de algún tren de carga que se desperezaba en algunas mañanas con ese ronco gemir de llegada y despedida… todo era silencio.

Las aves al vuelo empezaban a surcar el cielo anunciando un ritmo que los habitantes acompañaban. Las calles de tierra esperaban la llegada de los sulkys, los carros cargados con leña y unos pocos autos.

Los primeros saludos mañaneros se oían al pasar por las veredas y la gente caminaba con las bolsas para efectuar las compras en los almacenes de Ramos Generales, que sobresalían por la altura de sus edificaciones. Importantes construcciones de ladrillo visto, y ventanales con rejas y postigos.

La brisa fresca de la mañana acompañaba también a un puñado de voluntades yendo y viniendo a la casa con los baldes llenos de agua.

Diseminados por todo el pueblo los grifos públicos eran visitados por los vecinos por obligación y también por el gusto de conversar. ¿Quién no tuvo la posibilidad de saber de la partida o el regreso de alguien, de un noviazgo o de un posible casamiento? Hasta hubo jóvenes que recibieron una galantería y la posibilidad de un acercamiento amoroso cuando iban al grifo. Alrededor de él se podía escuchar el bullicio y las risas, como también alguno que otro enfrentamiento. Sí, también había disputas y por los motivos más diversos: celos, engaños y amores desencontrados.

La salud de la familia dependía de la voluntad de ir a buscar el agua. En la casa las responsabilidades eran compartidas, pero en este tema sólo las mujeres hacían esta tarea. Por obra de la casualidad se empezó a ver a un joven marido, que en las tardes iba y volvía con los baldes "acarreando agua" –como se denominaba a esa tarea- y pasó a ser el modelo de las vecinas casadas, un personaje "raro" un tanto extraño para sus pares que

creo nunca lo imitaron.

De algo estoy segura, había horarios de mayor concurrencia: las primeras horas del día y las últimas de la tarde.

Las jóvenes tomaban el balde en sus brazos como si pasearan por la plaza. Se invitaban unas a otras. Las voces ya eran cotidianas: - ¡Marina voy al agua... ¿quieres acompañarme? - Así se las veía desplegando su juventud con gracia ante la vista de todos, frescas como el agua que traían a sus casas.

Ni que hablar de las empleadas domésticas de las familias más acomodadas, iban y volvían sin descanso. Creo que era un trabajo que pesaba en sus espaldas, algunas ya encorvadas. Eran las primeras en llegar, y regresaban haciendo estaciones para tomar fuerza y seguir adelante.

Muy raro era encontrar alguna persona mayor transportando agua. Si eso hubiera pasado, algún voluntario hubiese ofrecido ayuda. No estaba escrito, pero la atención de los más viejos era una obligación moral puesta en práctica en la casa y en la calle.

Las casas abrían sus puertas de par en par, el mate unía a la familia y a vecinos, que de paso llegaban a saludar como una norma de convivencia establecida.

Los escasos acontecimientos del lugar se hacían saber de boca en boca, y en esa red de misterioso afecto andaban las penas y las alegrías.

Casi todas las familias compartían la vida con los abuelos y los tíos, cada nuevo miembro se agregaba como uvas al racimo.

Así protegidos y ricos en afecto vivimos la niñez, con roles y responsabilidades de acuerdo a las edades.

Las mañanas de enero nos abrazaban desde muy temprano sin ruidos estridentes, sólo la voz de mi madre o mi abuela procurando despertar a cada una. El desayuno se constituía en la primera reunión de familia, no sólo porque cuidaban de nuestro bienestar, también se distribuían las tareas que se harían durante el día. El juego tenía un tiempo y las actividades que contribuían al desenvolvimiento de la casa también.

Se hacían los mandados o sea ir de compras, en busca del pan, la carne o la verdura y también averiguar precios que los comerciantes anotaban responsablemente en un papel.

El mejor mandado era pagar la cuenta de la libreta en el almacén que se hacía a fin de mes, porque teníamos la posibilidad de recibir "la yapa", que era un regalo que hacía el dueño del negocio a quienes abonaban la deuda en tiempo y forma. Así llegábamos a mi casa con los caramelos o las masitas que nos regalaban.

El sol iba acariciando las calles del pueblo, que después del almuerzo dormitaban silenciosamente. Hasta los perros buscaban la sombra de algún árbol. La naturaleza los había dotado de troncos leñosos, ramas cubiertas de espinas y hojas pequeñas. La sombra era escasa como la lluvia. A fuerza de coraje los árboles permanecían de pié esperando la primavera, y luego el verano ardiente. Ese que en los atardeceres las ranas aturdían pidiendo agua.

En el norte de San Luis, el pueblo de Santa Rosa descansaba… en un verano de enero de 1962.

Los mayores buscaban y vivían la siesta por hábito, o porque las tempraneras tareas dentro y fuera de la casa los habían cansado, debido al incesante " trajinar " como lo llamaban al trabajo, pues todo se hacía en el hogar desde el pan hasta la ropa.

Por los motivos que hubiere -que en ese momento desconocíamos- la siesta era el tiempo libre de los mayores para reponer fuerzas y continuar con las tareas de la tarde. Visiblemente satisfechos por este regalo de la vida era preservado como un tesoro, por ningún motivo eludido o dejado de lado.

Quiero creer que los mayores nunca ofrecieron resistencia al espacio destinado a la siesta. Para todos la siestas eran sagradas y muchas veces lo expresaban en voz alta. Para los niños en cambio una obligación nunca aceptada.

Como cómplice de los adultos la naturaleza marcaba un ritmo diferente. Cesaba el canto de los pájaros y sólo algunos gallos a lo lejos cantaban sin razón alguna. La paz se lograba con una suerte de simbiosis con el entorno. Las calles desoladas daban paso a uno que a otro vehículo, que por el hecho de transitar a esa hora se convertía en el inoportuno despertador. A veces, un trote lento marcaba el regreso de algún campesino, que seguramente se había detenido en un boliche de

paso a refrescar su garganta.

Los dormitorios o algún otro ambiente se preparaban desde muy temprano. Se abrían las ventanas para que recibieran la brisa fresca de la mañana, y se limpiaban con esmero para que ningún insecto perturbara el sueño. Luego las ventanas y puertas se cerraban, algunas protegidas por postigos y otras simplemente con cortinas de gruesa tela para evitar la entrada del calor sofocante. Alguna grieta en las ventanas delataba el paso del tiempo y un rayo de sol entraba sin haber sido invitado.

El silencio se adueñaba de la casa y por supuesto sin voluntad alguna nos encontrábamos en la penumbra del cuarto. Sólo algún hecho fortuito hubiera evitado pasar por ese encierro forzoso.

Caminábamos lento rumbo al cuarto ilusionados con el milagro de no permanecer acostados. Creo que los mayores sabían que en la mayoría de los casos nos manteníamos despiertos, aburridos y ansiosos esperando que el tiempo pasara rápido.

La oscuridad de la habitación ayudaba en algunas ocasiones, para que sin querer cerráramos los ojos… y la mano de alguien o la voz cerca del oído dijera: -¡Despierten que ya es tarde!

De cualquier manera coartaban nuestra libertad, esa que nos permitía investigar la naturaleza y disfrutar de nuestros juegos. Por cierto que intentábamos y muchas veces lográbamos escapar. El patio siempre nos esperaba.

Con la cautela que la ocasión exigía íbamos saliendo uno a uno, procurando no hacer ningún ruido, ni siquiera iniciar diálogo alguno. La sigilosa huída se hacía con una logística admirable. Si la puerta que conducía al patio no emitía queja alguna, el operativo había sido satisfactorio.

A lo largo de nuestra vida de niños supimos coordinar los medios, y dejamos correr la imaginación en la búsqueda de una salida a la incómoda imposición de la siesta.

De todos modos, estar libres no posibilitaba realizar los juegos acostumbrados, tampoco salir a la calle ni perturbar el descanso de los vecinos. De lo contrario el final de la odisea estaría acompañado por llamados de atención y penitencias.

En contadas ocasiones, cuando se había cumplido con las responsabilidades de la mañana podíamos ir a un canal cercano y disfrutar del agua, junto con los vecinos con los cuales compartíamos los juegos diarios. Partíamos en grupo a jugar en un canal revestido y a buscar duraznos en una quinta vecina.

El acceso a este lugar era dificultoso por el cerco de espinas que lo rodeaba, pero siempre había un valiente que arriesgándose cruzaba, y entonces empezaba el griterío: ¡Más rápido que viene el dueño!... Desde el interior nos iban arrojando la fruta, que nunca acertamos a recibir en las manos. Desde un lugar estratégico uno de nosotros debíamos dar aviso si se acercaba el dueño en su sulky. Él nunca supo los ricos duraznos que a pesar de la mala acción de robar pudimos comer. Lavados en el agua fresca era un regalo para todos, que no teníamos la suerte de tenerlo en la mesa.

Esas eran las siestas felices, entre las arboledas y el agua que rodeaba el terreno del ferrocarril. Vivir esa siesta era como un regalo que mi madre nos hacía. En el transcurso de la mañana se podía vislumbrar si se obtendría el permiso para ir al canal, ese pasaporte a la libertad que tanto disfrutábamos.

Ese sábado de enero era como todos, el pueblo ya había despertado.

Las calles se desperezaban por obra del riego de la mañana. Un inaugurado día de calor se presentaba para los habitantes de Santa Rosa, y más aún para una familia gitana que desde un largo tiempo atrás se habían instalado en un terreno ubicado al lado del Almacén de Ramos Generales.

Resultaba extraño que la carpa se hubiera colocado en ese baldío, pues los gitanos que visitaban el pueblo ocupaban el terreno más alto, al que todos llamaban "el bordo".

Las carpas podían verse desde lejos y la gente los visitaba por pura curiosidad.

La familia que estaba en ese momento se había radicado en la zona rural, realizando tareas de campo. Todos veían al matrimonio llegar en sulky y hacer las compras como cualquier familia. Pero al poco tiempo una grave enfermedad provocó la muerte de la esposa y entonces

abandonaron la casa y el campo.

La familia constituida por el viudo, un hijo recientemente casado y unos menores, volvieron a vivir en una carpa. Su presencia ya no era vista como algo extraño, ni era objeto de curiosidad de nadie. La familia era respetada y ellos hacían lo mismo con el vecindario.

El tiempo pasaba y en el barrio se supo que el gitano viudo concretaría un segundo matrimonio. Este se realizó de acuerdo a sus ritos y costumbres, y algunos vecinos fueron invitados a la boda. La celebración fue importante y luego de los festejos, la familia siguió con su ritmo de vida como los demás.

Esa mañana de sábado andarían todos seguramente en los quehaceres domésticos, al igual que los vecinos.

En nuestra casa los aromas inundaban la cocina y escapaban por las ventanas. Era el momento más esperado. La silenciosa labor de mi madre estaba a la vista. Como una suerte de magia la humeante fuente se depositaba en el centro de la mesa, y era una ofrenda de amor que repetía a diario. Ella tenía el don de sorprendernos siempre.

Así se llegaba a la siesta, casi sin darnos cuenta.

Todos descansaban acompañados por el silencio acogedor y nosotras dos de las hermanas mayores -pues éramos cuatro- permanecíamos como siempre desveladas… esperando que los minutos pasaran.

Todo transcurría en paz como Dios manda.

De repente se escuchó algo semejante a un grito o lamento, y todos los mayores empezaron a despertarse. En un primer momento permanecieron en la cama y luego se fueron levantando pues identificaron el llanto de una persona. Alguien dijo: -El llanto viene de la calle... -y se asomó por la ventana del dormitorio de mi abuela.

Y… sí, pudo ver a una persona que lloraba desconsoladamente. -Es una gitana - agregó -creo que es la recién casada.

Los comentarios se hacían entre los mayores, los niños sólo escuchábamos. De todas maneras el sueño se había interrumpido y todos se habían levantado, nadie regresaría a la cama.

Entonces se abrió el portón y ante la vista de todos estaba la nueva esposa del gitano sentada en medio de la calle, como una margarita

deshojada. Había cruzado las piernas, sus sandalias de taco alto yacían caídas a su lado, las superpuestas gasas de vivos colores que formaban su pollera, se veía como abanico sacudida por sus manos.

Se encontraba bajo el sol ardiente y tomando tierra la tiraba desde su cabeza friccionando el rostro. Su cabello rubio y su piel blanca apenas si se veían en la polvareda que ella misma provocaba. Los pómulos iban tomando el color y calor de una brasa, mientras hablaba en un idioma desconocido para todos, lloraba y lloraba… Un colorido pañuelo pendía desprolijo por su espalda.

Los ojos sorprendidos de los niños y de los grandes que encandilados por el sol cubrían con sus manos, fueron dando forma al improvisado teatro. Hubo quienes sólo se afirmaron en el umbral de la puerta, mientras otros caminando despacio se unían con un vecino para comentar lo que estaba pasando, preocupados e ignorando los motivos de tan lastimosa escena.

Con todo lo que inesperadamente estaba sucediendo se olvidaron de nosotras.

Una vecina sugirió: - Si alguien me acompaña, me animo a hablarle y preguntarle que le ha pasado-. Pero la sugerencia no tuvo eco. La gitana seguía sacudiendo su enojo, su dolor o su pena, porque nadie podía entender qué le pasaba específicamente, o quizás las tres emociones juntas. Ocupando el centro de la calle iba llorando con menos ímpetu a medida que pasaba el tiempo, el llanto se hacía más corto y los suspiros más largos.

Mirando al sur iba hilvanando frases totalmente desconocidas, ya no con la voz potente que habíamos escuchado. Como si el pedregullo filtrado por su garganta la hubiera lastimado, apenas si podía oírse. Rendida ante tanto esfuerzo, cubrió el rostro con ambas manos inmóvil y vencida por la depresión y la indiferencia.

El vaso de agua que alguien le acercó no fue tomado, ni siquiera mirado, siendo el único gesto de solidaridad que había recibido.

Al frente en la carpa se podía ver al robusto gitano caminando y hablando con la familia. Sólo llegó hasta la vereda y dirigiéndose a la esposa le habló en el idioma que ambos compartían. Ella no respondió

ni levantó la vista. Él regresó a la carpa para no salir de ella al menos en ese momento. La rubia gitana permaneció sentada en medio de la calle.

Algunos autos y sulkys retrocedían por no tener espacio suficiente para transitar. Al cabo de un rato el almacén de Ramos Generales abrió sus puertas. Los clientes iban llegando y sentados en la vereda pidieron el vaso de vino acostumbrado. Algunos vecinos meneando la cabeza como expresión de no entender qué le había sucedido a esa pobre mujer y por no poder hacer nada, iban ingresando en sus casas.

La gitana quedó sola en medio de la calle, sin tener ni siquiera el apoyo silencioso de las miradas. La siesta ya había pasado y seguramente llegaba la hora de tomar mate. Todos intentaban retomar el ritmo de la casa, pero continuaban expectantes ante el lamentable suceso. A cada rato se asomaban para ver el final del acto. Nosotras hacíamos lo mismo y sabíamos que lo que ella estaba pasando en ese momento no era nada bueno, y sentimos lástima.

Creo que los presentes miraron con timidez, con pena, y que no actuaron por no saber cómo hacerlo. Quizás por lo desconocido que les resultaba el idioma y las costumbres de los gitanos. Sólo sé que nadie pudo consolarla.

Tampoco vieron cómo y cuándo dejó el lugar ni quién la recibió en la carpa, porque cuando miramos por la ventana ya no estaba.

La tarde se deslizaba lentamente acariciando los frentes de las casas y como un manto de piedad los árboles extendían sus sombras sobre las calles.

Con el correr de los días se supo por algunos vecinos, que la gitana había actuado así por celos, que reprochaba al esposo no contar con sus atenciones, ya que sus amabilidades estaban dirigidas a la joven esposa del hijo. El gitano por su parte le recriminaba haber sido engañado pues la familia había concretado un matrimonio sabiendo que ella estaba enferma. A los pocos días este la entregó a sus padres, argumentando haber sido engañado. El hijo mayor enterado de los acontecimientos también llevó a la joven esposa nuevamente con los suyos por el supuesto engaño. Así la familia dejó el pueblo, con dos matrimonios desarmados. Nuestra vida siguió como siempre… con la rutina de juegos y de mandados, pero nunca olvidaremos el día que el llanto de esa mujer

rompió el misterio de la siesta, haciendo que sólo por esa única vez, esta ya no fuera sagrada.

La abuela Manuelita y otros textos

Ramón Godoy Rojo

Aunque hace muchos años que reside en Rafaela (Santa Fe), recuerda con cariño y mucha nostalgia a Concarán (San Luis) donde cursara la escuela primaria y pasara su infancia y su juventud. En la Ciudad de San Luis (Capital) conoció a su esposa, con la que transitan los caminos de la vida desde hace 57 años.

Cursó el Bachiller en el Colegio Nacional "Crisóstomo Lafinur" de San Luis y los estudios universitarios en la Universidad Nacional de Córdoba.

Tiene editado dos libros de cuentos "Historias de Vidas" e "Historias Debidas".

Varios de sus cuentos han obtenido diversos premios en concursos literarios.

La abuela Manuelita

¡Con cuánta ansiedad esperábamos las vacaciones! Porque nuestros padres nos llevaban a la casa de la abuela paterna; la abuela Manuelita. ¡Cuánta ternura, cuánto amor nos regalaba!

Vivía en "El Manantial": rodeada por las Sierras Comechingones con su color ocre azulado y su frondosa vegetación. Imposible olvidar el amanecer. Cuando los rayos del sol asomaban sobre las sierras iluminando el día con sorprendente claridad, lo convertían en un lugar paradisíaco. Al fondo pasaba el arroyo con sus aguas cristalinas, y su cascada, que tanto disfrutábamos. "El Despeñadero Azul" la llamaba por el color que tenían sus aguas. Rompía el silencio solamente el trino de cardenales, calandrias y zorzales.

Era una casa antigua muy bien conservada, con habitaciones espaciosas y una amplia galería. Al frente tenía un jardín con dos enormes palmeras y una gran variedad de rosas de distintos colores deleitando con su delicioso perfume. La parte de atrás se continuaba con la huerta. ¡Cómo no recordar esa huerta donde pasamos tantos momentos felices! Yo, con diez años, era la mayor y comandaba el grupo. Treparme al ciruelo era mi preferencia, llenando la canasta con las tan codiciadas "rocío de miel". Laura hacía lo mismo en los durazneros que eran más bajos. Los duraznos priscos recién cortados eran exquisitos, aunque los chatos o tomates eran los más sabrosos.

En la mañana nos levantábamos temprano para presenciar el ordeñe de las vacas y recibir la taza de apoyo calentito. Ayudábamos a la abuela a arreglar las camas, desayunábamos y teníamos infinidad de entretenimientos hasta la hora del almuerzo. Lo que más nos gustaba era montar en el burro Tristán o la petisa Eleuteria, siempre acompañados por Santiaguito que tenía sólo algunos años más que yo, pero había nacido en ese ambiente, así es que conocía todos los secretos del campo.

Después del almuerzo era la diversión mayor. Abuelita nos acompañaba al arroyo y ahí sí que disfrutábamos del agua fresca y cristalina que nos llegaba a la rodilla, tratando de agarrar pececitos, corriendo carreras, o poniéndonos en la caída del agua hasta que ella decía: -¡Basta! Se quedan en la orilla y cuando oigan la campana se vuelven corriendo que yo los espero con el té.-

Era la ceremonia de todas las tardes. Cuando llegábamos tenía la mesa puesta en la galería, la bandeja de plata con la tetera. Todas las tazas eran de color amarillo, menos la de la abuela que era azul. Lo acompañaba con pan que ella hacía en el horno de barro lo mismo que la torta al rescoldo, tostadas, masitas, dulces y variadas mermeladas hechas por sus habilidosas manos; cuando lloviznaba aparecían como por encanto las tortas fritas y el riquísimo pororó.

Pero después del té venía lo más esperado por nosotras. Luego de lavar las tazas nos sentábamos en la galería a escuchar sus cuentos. "Una vez en el bosque, -casi siempre los encuentros eran en el bosque- se encontraron un gigante y un enano. El gigante era enorme, medía más de dos metros, y el enanito no pasaba de cincuenta centímetros. Al principio se trataron muy cordialmente. El enano se empinaba con ganitas de crecer, y el gigante agachadito lo escuchaba lo más bien. Pero muy pronto esa amistad terminó, porque al gigante la cintura se le estaba por romper, y al enano le dolían las puntitas de los pies". Y lógicamente luego venía la enseñanza. "Entre personas que son distintas no puede existir amistad porque en un momento se cansan ambos de oír cosas con las que no están de acuerdo".

-¡Contanos otro cuento abuelita!

"Una vez el papá y su hijo encerraron sus cabritas en el corral para evitar que las comiera el puma, porque los pumas cuando tienen hambre se llegan muy cerca de las casas y pueden matar varias chivitas para comérselas. Como tenían que ir al pueblo a hacer algunas compras, ensillaron su caballo, subieron los dos y partieron. En el camino se cruzaron con una señora que les dijo -¿No les da vergüenza aprovecharse de ese pobre animal, sacrificándolo yendo los dos a caballo con el calor que hace? Les pareció prudente la observación y el hijo se bajó y siguió caminando al lado del padre que estaba montado. Poco después otra señora le reprocha al padre: -¿No le da vergüenza desalmado que va muy cómodo, mientras su hijo transpirando se deshidrata con tanto calor caminando a su lado? Entonces el padre se bajó y subió al caballo el hijo. Prosiguiendo su camino otra señora le recriminó: -Muchacho vago, ¿preferís hacer caminar a tu pobre padre que es casi un anciano mientras vos vas cómodamente a caballo? Decidieron que lo mejor era que caminaran los dos al lado del caballo. Pero otra mujer que los cruzó

les dice riéndose -¡Si serán estúpidos, con el calor que hace los dos caminando al lado del caballo en lugar de ir montados!-

Nuevamente nos hacía ver la moraleja. -Eso quiere decir que debes pensar bien las cosas que tienes que hacer y no guiarte por lo que te dicen, porque jamás vas a lograr satisfacer a todos.-

-¡Otro cuento abuelita! ¡El de Caperucita!, después "Blancanieves y los siete enanitos". Y continuaba una serie interminable que le brotaba de manera espontánea, y se interrumpía a la hora de la cena, para continuar al día siguiente.

Pasó el tiempo, abuelita muy viejita se fue al cielo y dejó en mí esos recuerdos imborrables. Ahora cuando voy con mis hijas a pasar las vacaciones en la vieja casona de "El Manantial", como en un volver a vivir esos momentos tan felices, cuando los niños están jugando en la huerta, pongo sobre la mesa la bandeja de plata con la tetera, la taza azul, y un ramo de flores silvestre que a ella tanto le gustaban, me apoyo en su sillón y le digo como ayer: ¡Contame otro cuento abuelita...!

Betina – Al borde del abismo

Un hecho fortuito me permitió conocer a Betina. Una joven que trasmitía alegría y optimismo con su simple presencia. Sonrisa espontánea, voz suave, extrovertida. La encontraba distinta, poco común. Se lo hice saber mientras aguardábamos el ómnibus que nos llevaría al mismo destino. Su respuesta no fue la que yo esperaba.

-Sí, ya me lo han hecho notar en otras oportunidades, pero no es la realidad. No es que sea hipócrita tratando de ocultar mi estado de ánimo. Siempre actúo así aunque esté atravesando por situaciones caóticas. Si yo le contara… -

Como casualmente ocupaba la butaca contigua a la mía, la entusiasmé para que lo hiciera.

-Sería una manera de hacer más amenas las tres horas de viaje si me lo cuentas.-

-Bueno, no sé por qué lo voy a hacer, ya que recién lo conozco. Felizmente ahora estoy viviendo los momentos más felices de mi vida. Pero he pasado por situaciones muy desagradables. Vivía con mis padres y mis hermanos –un hermano y dos hermanas- en Cortaderas. Yo soy la menor así es que siempre estuve muy protegida. Mis padres son mendocinos pero hace cuarenta años que se afincaron en Cortaderas por razones de trabajo. Desde que llegaron se hicieron amigos de otro matrimonio joven como ellos, amistad que con el correr del tiempo se hizo cada vez más afectiva. Cuando yo nací, el hogar de esos amigos, Beatriz y Alejandro, se alegraba con la llegada de su primera hija, Antonella. Lógicamente que ellos fueron mis padrinos y mis padres los padrinos de Antonella. No puedo precisar lógicamente cuándo tomé conciencia de su existencia. Mis recuerdos de la infancia están siempre unidos a ella. Era mi hermana del corazón. Mis hermanas, por ser mayores, no participaban de mis actividades; en cambio con Antonella todo el día juntas. En su casa o en la mía. Era lo mismo. Indudablemente que nuestros padres estaban felices de ver crecer nuestra amistad. El jardín, la escuela primaria, la secundaria, siempre haciendo planes y vaticinios para nuestro futuro. No teníamos secretos. No podíamos tenerlos porque cada una tomaba una

decisión en asuntos de cierta importancia después de haberlo conversado ampliamente. Cuando empezamos a ir a las confiterías bailables con nuestros amigos, debíamos viajar a Villa Dolores por ser la ciudad que nos quedaba más cerca. Nos divertíamos mucho y habíamos conformado un grupo donde prevalecía el respeto y la amistad. Lamentablemente empezaron a surgir complicaciones. Nuestros compañeros que por lo general nos llevaban en el auto de sus padres, habían empezado a beber demasiado y todo se hacía más difícil. Manejar en esas condiciones, evidentemente, era muy peligroso. Para colmo Antonella también les seguía la corriente, bebiendo como ellos. Había logrado, con algún esfuerzo, que el que manejaba no bebiera alcohol. Lo conseguí aclarándoles que si no se cuidaban nunca más los iba a acompañar. Felizmente tuve éxito y antes de partir ya me decían quién sería el que se iba a sacrificar sin tomar, para que estuviera tranquila. Cuando terminamos la secundaria nos dimos cuenta de que se presentaba una situación difícil de superar. Por mi parte había decidido estudiar Contabilidad en Río Cuarto, y ella profesorado de inglés en San Luis. Tendríamos que separarnos tal vez cuando más la necesitaba. Porque estaba viviendo las emociones de tener mi primer novio. Estaba muy enamorada. Él vivía en el campo con sus padres y, aunque era algunos años mayor, no consideramos que pudiera ser obstáculo para un futuro feliz. Y realmente no lo fue.

Fueron otros los motivos que hicieron naufragar nuestra relación. A medida que pasaba el tiempo lo fui conociendo mejor. Resultó ser una persona egoísta que quería hacer siempre su voluntad. Mis proyectos, mis ansias de superación no figuraban en su repertorio. No quería que estudiara. Su argumento resultaba por demás endeble.

-No necesitás estudiar. Con el campo que heredaré cuando mueran mis padres, tendremos lo suficiente para vivir cómodamente.-

Ese era su argumento. Como si el dinero fuese todo. El campo era una herencia de su abuelo que había trabajado duramente para conseguirlo. Su madre también lo entendía así, y trataba de convencerme de que mi esfuerzo era inútil e innecesario. Fanático del karting y de midgets, todos los fines de semanas tenía que acompañarlo a distintos lugares donde había carreras, no pudiendo disfrutar de la reunión familiar los fines de semana que tanto necesitaba. Antonella estaba al tanto de todo por supuesto, y me aconsejaba

que terminara con esa tortura ya que era evidente que había dejado de amarlo. No me decidía a tomar esa resolución por los dos años que llevábamos de novios, y por lo que opinarían en el pueblo.

Un viernes a la tarde Antonella me llamó para recordarme que el próximo sábado nos reuniríamos en Villa Dolores todos los compañeros del bachiller para celebrar el aniversario de nuestra graduación. Efectivamente estaba al tanto de lo que habían organizado y, por supuesto, había prometido mi concurrencia. Sin embargo se me había presentado un problema imprevisto, porque el lunes siguiente debía rendir una materia muy importante y necesitaba imperiosamente repasarla. No quería fracasar por nada en el mundo en ese examen. Antonella se sintió muy molesta cuando le avisé que no iría. Me di cuenta por su lacónica respuesta.

-Si esa materia es más importante que nuestra amistad, hacé como quieras.-

Indudablemente que me dolió, pero estaba segura de que cuando nos encontráramos nuevamente le haría ver lo poderosa de la razón que me impedía acompañarlos.

Ese sábado me quedé hasta muy tarde estudiando y muchas veces los recordé segura de que se estarían divirtiendo al por mayor. Pero la vida nos muestra muchas veces su cara áspera, dura, cruel. El domingo me despertó un llamado telefónico. Era mi hermana Analía; llorando sin poder contenerse, me avisaba que Antonella y tres compañeros habían tenido un accidente muy feo y que estaban internados. ¡No lo podía creer! De inmediato me puse en camino a mi casa. La realidad era mucho peor. Cuando regresaban del festejo, completamente alcoholizados, habían embestido a un camión falleciendo los cuatro en el acto. No podía y no puedo entender cómo el destino se había ensañado tan cruelmente con jóvenes que recién abrían sus alas para volar por sus propios medios. Había otro agravante. Viajaron en el BMW del padre de Facundo que se lo habían entregado una semana antes. Ellos estaban en Italia visitando a familiares en un paseo programado durante años. Para más tranquilidad, había escondido las llaves porque no le tenía confianza a su hijo, pero este las encontró y dispuso de él irresponsablemente en su último festejo. Los padres de Matías estaban en Córdoba regresando de inmediato para encontrarse con la realidad más dolorosa. Todo el pueblo se vistió de

luto. Yo no encontraba consuelo porque me sentía culpable de lo que había ocurrido. Si hubiera estado presente como correspondía, estoy segura de que el que manejaba no hubiese tomado. Siempre cumplieron con mi pedido. Y las palabras de Antonella resonaban y resuenan aún en mi mente.

"Si ese examen es más importante que nuestra amistad, hacé como quieras". ¿¡Cómo decirle ahora que no había nada más importante que nuestra amistad!?

Ya no me quedaban lágrimas para derramar. Quería morirme para acompañarlos donde estuvieran. En medio de ese dolor mi novio me avisa que se iba a una carrera de midgets.

Fue la gota que rebasó el vaso. En ese instante supe que lo nuestro había llegado a su fin. Nada podía ayudarme a disminuir mi culpa. El padre Gustavo, sacerdote amigo de mis padres, trataba inútilmente de sacarme la idea de culpabilidad.

–Eran personas buenas. Seguro que estarán ante Dios disfrutando de una eterna felicidad.-

-Ni me hable de Dios, ni de su bondad. Sólo quiero morirme para acompañarlos ya que soy la única culpable,- fue siempre mi respuesta.

Intenté retomar mis estudios pero me resultaba imposible. La imagen de mi hermana Antonella y la de mis amigos me acompañaba permanentemente. El sentimiento de culpa me perseguía sin dejarme un solo instante. Marta, mi nueva compañera de estudios también intentaba distraerme, pero sin ningún resultado. Esa noche habíamos convenido reunirnos en su casa para ver una película. Como no llegaba decidió ir a buscarme, conociendo que la puntualidad es una de mis mayores virtudes. Esa decisión fue providencial. Ella tenía una llave del departamento y entró con su novio que la había acompañado. Vieron que estaba en el baño con la puerta cerrada con llave. Al no responderles al llamado presintieron lo peor. Por debajo de la puerta alcanzaron a ver una línea líquida que no dudaron era sangre. De un empellón lograron abrir la puerta y me encontraron tirada en el piso con las venas del brazo cortadas.

-Mire, aquí tengo las marcas. Lo hice con un cuchillo tramontina. Recuerdo que lo pasé una vez y no sucedió nada. No sentí dolor. Entonces fue cuando lo apreté con fuerza y pasó lo que pasó. De inmediato solicitaron

ayuda mientras presionaban con fuerza para evitar que continuara la hemorragia. Me desperté en el sanatorio… Hubiese deseado despertar junto a mis amigos. Mis padres y hermanos me recriminaron duramente mi actitud, diciéndome que no debía ser tan desagradecida, que no pensaba en el sufrimiento que les estaba ocasionando a quienes me habían dado todo. Empezando por la vida. Inicié mi peregrinar por los consultorios sicológicos. No digo que fueran malos; posiblemente el problema estaba en la rebeldía de la paciente. Una de ellas me aconsejaba retirar todas las fotos y objetos que me la recordaran. Imposible hacerlo. Justamente su madre me había dado su mejor ropa…

El padre Gustavo diariamente me visitaba a pesar de mi actitud negativa. Un día llegó con una proposición. Quería que realizara un retiro espiritual en un convento muy pequeño.

-Estoy seguro de que te hará muy bien porque tengo conocimiento de personas que han superado situaciones mucho mayores. Yo ya he hablado y debes presentarte el lunes próximo.- Mis padres y hermanas veían en ese retiro mi salvación, así es que no pude resistirme a sus ruegos. El convento quedaba en Altamira, un lugar tan pequeño que ni figuraba en el mapa. Cuando me presenté ya habían llegado otras chicas tal vez con problemas similares. Nos recibían los bolsos y nos estrechaban en un fuerte abrazo. En un primer momento consideré una exageración ese recibimiento, pero después me sentí complacida. Nos indicaron nuestras habitaciones, y nos pidieron que no habláramos entre nosotras por ningún motivo, porque ese aspecto era fundamental para el éxito de lo que habíamos ido a buscar. Una exigencia que me pareció exagerada y sin fundamentos. Me moría de deseos de hablar con mi compañera de pieza, saber quién era, de dónde venía, qué problema tenía. Pero ella indudablemente estaba dispuesta a cumplir con lo que nos habían pedido, y en ningún momento me miró para iniciar una conversación.

A la habitación la encontraba fría. Los pisos de un mosaico calcáreo común brillaban como un espejo. Todo estaba muy limpio, con una austeridad notable. Dos camas de hierro, un pequeño placard, una cómoda, una mesita de luz con un velador era todo el mobiliario. En un extremo una imagen de la Virgen María y en la cabecera un crucifijo. Yo me quería volver. Y lo

hubiese hecho de ser posible. A las ocho nos despertaron para que fuésemos a desayunar, siempre en completo silencio y después a rezar un rosario en la pequeña capilla. Al mediodía nos sirvieron un almuerzo por demás frugal. Un plato de sopa bien livianita fue toda la comida. Me impresionaba el silencio y el sonido de las cucharas en el plato. Estaba segura de que no podría soportar esa situación durante tres días como estaba programado. Después de una breve siesta nos levantamos, siempre en silencio, para reunirnos con la superiora en el salón principal.

Después de una elocuente y conmovedora disertación sobre la vida, el rol que tenemos destinado a cumplir etc., etc., nos pidió que cada una fuese narrando el porqué de su aflicción. Creo que todas, a medida que íbamos escuchando los problemas que habían llevado a la mayoría a ese estado depresivo, nos dábamos cuenta de que nuestra cruz no era la más pesada como lo habíamos imaginado. Fue excelente la guía que nos ofreció la superiora y sus palabras finales nos abrieron un panorama distinto. En mi caso me hizo ver lo equivocada que estaba al pensar que había sido la culpable del accidente y, fundamentalmente, de la muerte de Antonella.

-Si el destino estaba señalado así, hubiese resultado estéril tu intervención. Debes pensar que con tu actitud no remedias nada y causas mucho dolor a las personas que te quieren. Desde este momento deja a Antonella con nosotros. Ella se quedará aquí. Estará protegida. Cuando quieras estar con ella puedes venir a visitarla.-

Y a todas nos hizo una recomendación especial. -Les pido por favor que, de ahora en adelante, sean instrumentos de solidaridad. Donde haga falta una ayuda para el necesitado, ocúpense de corazón para brindar alivio. Se irán dando cuenta qué equivocadas estaban al pensar que la cruz que les tocó a cada una era la más pesada. Y sentirán una satisfacción enorme cada vez que puedan cambiar una lágrima por una sonrisa. No se olviden. Eso es fundamental.-

Jamás hubiese pensado que podía aceptar un razonamiento así. Y sin embargo lo acepté y cambió mi vida. Increíblemente volví a ser la de antes para alegría de mis padres, hermanos y amigos. El padre Gustavo no podía ocultar la inmensa alegría que le había producido mi cambio de actitud. A mi amiga Marta le agradecí su valiosa intervención que evitó lo que hubiese

sido una verdadera hecatombe. Deseando cumplir con lo que nos había pedido la superiora, me inscribí enseguida como voluntaria para colaborar en los barrios carenciados. Fue así que empecé a concurrir al barrio La Abundancia los sábados y domingos para dar el desayuno a cincuenta niños entre cinco y diez años. El nombre del barrio, me explicaron, era porque abundaban niños carenciados. El grupo está muy bien organizado; unos se encargan de buscar donaciones y según lo que se consigue es lo que se les sirve. Puede ser mate cocido con leche, café o cacao. Pero lo que servimos es muy bien recibido, y recuerdo siempre las palabras de la superiora cuando nos decía de la satisfacción que se siente al cambiar una lágrima por una sonrisa. Preparamos también en las precarias instalaciones que se dispone, masitas, tortas fritas especialmente los días fríos, y los pequeños lo reciben con muestras de alegrías que se refleja en sus sufridas caritas. A los que vienen casi descalzos les conseguimos calzado y siempre hay alguien que nos acerca alguna ropa también para reemplazar a una camisita deshilachada. Dentro de las personas que integraban el grupo, estaba Gustavo: un hombre joven que trabajaba con mucho entusiasmo. Me dijo que llevaba mucho tiempo colaborando. Cada vez que intercambiábamos alguna opinión me daba cuenta de que era una persona muy especial. Coincidíamos en todo, buscando la manera de mejorar el servicio que prestábamos. Me contó que era Ingeniero en Comunicaciones, soltero, que vivía con sus padres y que siempre tuvo vocación de servir al necesitado.

A la segunda semana no tenía dudas de que él también se interesaba por mí. Nos pusimos de acuerdo para reunirnos a tomar un café en un bar céntrico, y no necesitamos muchas palabras para confirmar mi presunción. Teníamos los mismos gustos, las mismas ambiciones, el respeto por las personas y el amor a la familia. Estuvimos tres meses de novios para asegurarnos de nuestros sentimientos, y decidimos formar pareja. Sus padres me recibieron con gran alegría, en especial su madre que me trata como la hija que no tuvo. En mi casa también se regocijaron por la noticia que había cambiado mi vida. Comparaba con mi experiencia anterior, y veía la diferencia. No sólo que quieren que siga estudiando, sino que me dan todas las facilidades para que lo haga. La futura suegra siempre me recuerda los horarios de mis clases para que no llegue tarde, y no me deja

colaborar en nada hasta que no haya estudiado.

Va lo nota final. Hace tres meses que nos llegó nuestro hijo. Lo llamamos Valentino como señal de valentía. La armonía es total. Gustavo me acompaña todos los fines de semana a visitar a mi familia para que mantenga el contacto con ellos. Como podrá darse cuenta, estuve al borde del abismo y gracias a la Providencia Divina logré zafar. Por eso, como le dije al principio de este relato, gracias a Dios, estoy viviendo los momentos más felices de mi vida.-

Amigos

Dicen que "regresar es encontrarse con sus raíces." Lo experimenté cuando volví a mi querido pueblo, Concarán, después de cincuenta años. ¡Qué cambiado encontré todo! Me dirigí al domicilio de Pedro mi mejor amigo. Me tranquilicé cuando vi que era él quien atendía mi llamado. Aunque marcado por el paso de los años mantenía su misma fisonomía.

-¡No lo puedo creer!– fue su manifestación al verme. –Por un momento creí que era una alucinación.-

-No es ninguna alucinación. Soy yo, Ramón, el mismo de antes sólo que con canas y arrugas.- Y en al abrazo que nos dimos dejamos plasmada la alegría del encuentro.

-Está todo distinto; no conozco a nadie. Como si estuviera en otro pueblo.-

-Claro, son muchos años; de los amigos de entonces son muy pocos los que quedan. Los que no se han muerto se fueron buscando nuevos horizontes. Como hiciste vos. Ahora sólo queda añorar los momentos lindos que vivimos. Los paseos en la plaza, los bailables en el BAP, la cita en la estación a la llegada del tren...-

-Sí, tenés razón. Es toda una vida. Pero no te imaginás cómo he añorado este terruño a lo largo de estos cincuenta años de ausencia, soñando con el momento de poder volver. Con decirte que en la reunión de amigos que hacemos frecuentemente, siempre empiezo con Caminito del Norte y no sólo que lo canto sino que cada lugar que va nombrando la canción lo vuelvo a vivir.-

-Te quisiera preguntar de todos pero empiezo con Araceli. ¡Qué linda piba! ¡Cómo me gustaba! ¿Qué fue de ella?-

-¡Pusiste el dedo en la llaga! Nos tenía locos a todos. Porque además de hermosa, ojos verdes vivaces, su pelo negro sedoso cayendo sobre sus hombros, su cutis blanco y esa sonrisa tan espontánea con los hoyuelos en las mejillas la hacían única... Excelente compañera; muy inteligente y sabía brindarse generosamente ayudándonos en lo que necesitáramos. Pero de amor, ¡nada! A ninguno rechazó. Nos daba cita en un determinado lugar y seguro que nos dejaba esperando.-

-Sí, sí, lo recuerdo. A mí me citó en la plaza en invierno a las nueve de la noche. La esperé inútilmente. Por supuesto que no fue. Pero el frío que tomé me costó una gripe.-

- Seguime contando.-

-Con sus dieciséis años la vida le sonreía. Sus padres, vivían sólo para ella, su única hija. Pero una noche había baile en el club y como siempre venían muchachos de otros pueblos. En cuanto empezó el baile, ¡qué te cuento! Un tipo pintón, rubio, alto, atlético, elegante, se fue derechito a la mesa donde Araceli estaba con sus amigas. La invitó a bailar y no se separaron en toda la noche. Ese fue el principio del fin. Quedó perdidamente enamorada. Cuando le preguntaban algo de él respondía orgullosa –Es mi novio-. Era gerente en una agencia de automóviles de Bella Vista. Al lado nuestro el tipo era un potentado. Tenía diez años más que ella pero eso no les importaba. Él también estaba muy enamorado y quería casarse cuanto antes. Los padres se opusieron prohibiéndole que lo volviera a ver. Parecía que estaba todo bien hasta que un noche cuando los padres regresaron del cine, encontraron la nota que les había dejado, diciéndoles que se iba con el amor de su vida al encuentro de su felicidad. Que la perdonaran pero no tenía otra solución ya que era más fuerte que ella. Para los padres fue un golpe muy duro. Martita la visitaba periódicamente y nos traía noticias. Estaba muy bien. Carlos, el marido, la ayudó para que terminara sus estudios como lo habían planeado. Al año llegó Joaquín y después nació Juliana. Se recibió de profesora de inglés, pero Carlos no le permitió que trabajara. Ganaba muy bien, así es que prefería que se dedicara por entero a sus hijos y a su hogar. Pero un día, Martita regresó asustada por el cambio que había encontrado en él. Ya no era el marido cariñoso y padre ejemplar. Estaba siempre malhumorado. La trataba mal. Igualmente a los niños los retaba por insignificancias. Siempre tenía a mano la botella de whisky y tomaba a cualquier hora. Araceli muy preocupada le contó que se había dejado dominar por el juego. Empezó yendo al club los sábados, para terminar haciéndolo todas las noches. El dinero no alcanzaba pero no permitía que ella trabajara. Sus ruegos sólo servían para ponerlo aún más agresivo. Como Araceli lo había previsto, en una inspección encontraron asientos contables fraudulentos y lo dejaron cesante de inmediato. Lógicamente la situación fue cada vez peor. Como

no podía dejar de jugar recurrió a los prestamistas, y vos sabés lo que es eso. Los intereses usurarios que te cobran se transforman en una bola de nieve. Como la deuda era muy grande, el principal acreedor lo había amenazado que se quedaría con la casa. Lágrimas de angustias eran las de Araceli que por supuesto ignoraba lo que le tocaría vivir. Un día lo citó al prestamista pidiéndole que llevara todos los documentos porque quería saldarle la deuda. Lo tenía todo perfectamente planeado. En cuanto entró le dio un fuerte golpe con la culata de su pistola, le quitó la ropa y lo acostó en la cama matrimonial y le pegó tres tiros que terminaron con el tipo. Sacó los documentos que el prestamista llevaba en su bolsillo y los tiró en el inodoro. Araceli no salía de su asombro. No lo podía creer. Pero aún faltaba lo peor. Le ordenó que se quitara la ropa y que se acostara al lado del muerto mientras él llamaba a la policía. Si no lo hacía iba a matar primero a los chicos y después la mataba a ella. Y que no lo fuese a denunciar porque se iba a arrepentir. Te imaginás. ¡Acostarse desnuda al lado de un tipo que despedía sangre por la boca! Tuvo que obedecer. Cuando llegó la policía les dijo que lo había sorprendido haciendo el amor con su esposa, y que había tenido esa reacción violenta. Parecía que el tipo iba a salir bien pero la declaración de un vecino dio por tierra con su coartada, pues aseguró que él vio cuando Carlos lo hizo pasar al prestamista. Además todos daban testimonio de la honorabilidad de Araceli. Estuvo detenida por encubrimiento pero, al quedar demostrado que lo hizo bajo amenaza, quedó en libertad. Recuperó a sus hijos que estaban bajo la tutela del juez y se fue. A Martita sólo le dijo que no aceptaba ayuda de nadie. "Es el precio que debo pagar por mi desobediencia. Me iré donde nadie me conozca para empezar una nueva vida lejos de todo lo que me pueda recordar el infierno que me tocó vivir".

-Pero qué novelón me has contado. ¡Pobre Araceli! Yo la sigo viendo con sus 16 años, rebosante de alegría, con su sonrisa cautivante... ¡Qué cosa!

-Y tu hermano Damián, ¿qué es de su vida?-

-Bueno para empezar te diré que mi hermano Damián, el mejor de mis hermanos, no es mi hermano.

-¿Ahora me venís con juego de palabras? ¿Qué es eso, que tu hermano Damián no es tu hermano? Mirá que los conozco a todos desde chicos. Especialmente a Damián porque somos de la misma edad.-

-Como veo que no conocés la historia, te la voy a contar.-

-En el año cuarenta y siete nosotros vivíamos en Las Lomitas. Éramos cinco varones y dos mujeres. Teníamos un pedacito de terreno que mi papá lo hacía rendir para darnos de comer a todos sin pasar necesidades. Unas vaquitas que nos aseguraban la leche, el queso, la manteca. Algunas chivitas. Además un buen surtido de aves, completaban los bienes. En la huerta todo tipo de verduras y varias plantas frutales ayudaban a que lo pasáramos bien.

Mi papá, una vez por mes, salía a comprar cueros que después vendía en el pueblo. Cueros de lo que fuera; vacas, chivos, comadrejas, víboras, lampalaguas, iguanas... Muy temprano ataba a la chata los dos mejores caballos, llevando una viandita ya que no volvía hasta la noche. Ese día empezó por la casa de su compadre Jacinto que vivía a tres leguas. Olvidaba decirte que ese año fue uno de los peores que recuerdo. Una sequía terrible azotaba a toda la zona. Hacía tres años que venía brava la cosa pero ese año ya era el colmo. Ni nubes se veían. Hasta la represa se había secado.

Muchos de los vecinos vendieron sus campos por nada y se fueron a otro lado en busca de mejores condiciones. El sol partía la tierra que por sus heridas, clamaba por un poco de agua. Era de terror. Las cabritas se defendían en la sierra. A las vacas las largábamos para que comieran donde encontraran algún yuyo. Las más viejas se morían. Así es que cueros se conseguían muchos por esa causa. Bueno te sigo la historia. Cuando mi papá llegó a la casa del compadre Jacinto, cuatro perros bravos lo fueron a saludar. Como ya lo conocían le saltaban moviendo la cola tal vez con la esperanza que les diera algo de comer. El compadre lo hizo pasar enseguida alargándole un amargo.-

-¿Y la comadre?-

-Aquí la tiene. Muy en silueta.-

-Si ya la veo, felicitaciones comadre. ¡¿Qué fue lo que llegó?!-

-Cosa de no creer compadre. La situación tan mala que estamos pasando y me llegaron mellizos. Una chancleta y un varoncito.

-¡Pero qué bien! Felicitaciones doble entonces.-

-Gracias compadre, pero lo estábamos esperando ansiosos.-

-Por qué, ¿tienen muchos cueros?-

-No, no es precisamente eso. Hemos estado conversando mucho con

la Manuela y llegamos a una conclusión que lo incluye a usted, compadre.-

-Bueno sigo sin entender nada. ¿Qué tengo que ver en todo esto?-

-Así es compadre. Usted no tiene nada que ver pero de aquí en más tal vez sí. La situación tan difícil que estamos pasando todos. Nosotros ya somos cuatro y con los que llegaron se van a seis los críos. Se nos va a hacer muy difícil poder criarlos como uno quisiera. Por eso, una solución que encontramos es que ustedes se hagan cargo del varoncito. Nosotros nos quedamos con la mujercita. No es que no lo queramos. Lo queremos igual que a todos. Por eso es que hacemos este sacrificio. Para beneficio de él. Porque con ustedes va a estar mucho mejor. Hemos llorado abrazados con la Manuela pero sería una manera de tenerlo siempre cerca. A usted y a la comadre los conocemos y sabemos cómo lo van a tratar y eso nos deja más tranquilos. Él se llama Damián y la negrita Ana María. ¿Qué me dice compadre?-

-Que me han dejado sin palabras. Eso no lo esperaba. Yo vine a llevar cueros y... -

-Sí, compadre, lo comprendemos. Si lo prefiere consúltelo con la comadre, y después nos contesta.-

-No, no hay nada que consultar. Yo sé bien cómo piensa ella y cómo los quiere a todos. Si ustedes están de acuerdo ya nomás lo llevo para las casas. ¡Ni sorpresa que se va llevar la Juana! ¡Estoy seguro que se va a poner recontenta!-

-¡Mirá ahí llega tu padre! ¡Qué le habrá pasado que se ha vuelto! Andá, ayudalo, que está bajando del pescante algo con mucho cuidado.-

Corrí a su encuentro y bajó una canasta que no era nuestra.

-¡Sorpresa, sorpresa! ¿Qué traigo en este canasto?-

-Un conejo,- opiné yo.

-No, un peludo- dijo María.

-Frío, frío. Tome vieja. Es un regalo de los compadres para usted. Vea si le gusta.-

-¡Oh, qué hermoso! ¿Qué ha pasado?-

-Venga que le cuento...-

-Así fue como desde ese día Damián se incorporó a la familia. Yo tenía entonces cinco años y lo recuerdo todo perfectamente. Fue y sigue siendo

un tipo macanudo. Un hijo ejemplar. Todos los hermanos nos llevamos muy bien pero con él, hay un algo extra. Jamás se va a olvidar de un cumpleaños o algún aniversario importante. A sus padres biológicos los visitó y los ayudó siempre. A su hermana melliza la llevó con él a Buenos Aires. Estudió de enfermera y se casó con un médico.-

-Eso sí que es de novela también lo que me terminás de contar. ¡Yo que creía conocerlos tan bien! Hubiese jurado que eran hermanos.-

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de enero de 2015
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas